6779

MANUEL LINARES RIVAS

MARÍA VICTORIA

ALTA COMEDIA

EN TRES ACTOS Y EN PROSA, ORIGINAL

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12

1904

MARÍA VICTORIA

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

MARÍA VICTORIA

ALTA COMEDIA

en tres actos y en prosa

ORIGINAL DE

MANUEL LINARES RIVAS

Estrenada en el TEATRO ESPAÑOL la noche del 5 de Abril de 1904

MADRID

R. VELASCO IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.°

Teléfono número 551

1904

A María Guerrero de Díaz de Mendoza

A María Victoria, á la gentil intérprete de las heroinas de mis sueños, me complazco en dedicarle esta comedia como una prueba más de mi constante admiración.

Manuel Linares Rivas.

REPARTO

PERSONAJES		ACTORES
MARÍA VICTORIA, 30 años.	SRA.	GUERRERO.
EUGENIA, 30 íd.....	SRTA.	SUÁREZ.
MARQUESA, 40 íd.....		CANCIO.
MISS KETTY, 30 íd..... ..		TORRES.
SEÑORA DE MIRBÉL, 40 íd.	SRA.	SEGURA.
PATROCINIO, 25 íd.....	SRTA.	ORIA.
JUAN, Conde de Sierraquebrada, 35 íd.....	SR.	DÍAZ DE MENDOZA (F.)
MARQUÉS DE MONTECLARO, 56 íd.....		PALANCA.
GUILLERMO, 40 íd.		MEDRANO.
PAQUITO, 30 íd.....		DÍAZ DE MENDOZA(M.)
MELCHOR, 50 íd.....		CIRERA.

Criados y criadas

Primer acto en Madrid; segundo y tercero en San Sebastián

Derecha é izquierda, las del actor

ACTO PRIMERO

La escena representa una sala de un palacio antiguo de Madrid. Al foro dos balcones practicables, y entre ambos un gran vano. A izquierda puerta; á derecha dos. A izquierda se supone que está la salida; á derecha habitaciones interiores. En primer término derecha una mesa grande. La acción entre once y una, por la mañana; á fines de invierno.

ESCENA PRIMERA

DOS CRIADOS arreglando. PAQUITO luego por la derecha

PAQ. Oye, tú.
CRIADO 2.º Señorito.
PAQ. Si traen un recado del Hotel de la Paz, le dices que aguarden; y si no lo traen antes de las once, te vas al Hotel y preguntas por Mr. Dupuy... Lo mejor es que te llegues en una escapada y pidas contestación á una tarjeta que he dejado anoche.
CRIADO 2.º Está muy bien.
PAQ. Pero aligera, ¿eh? (Mutis criado por izquierda.)
CRIADO 1.º Esta mañana ha venido una muchacha á preguntar por el señorito.
PAQ. Haberle dicho que pasara.
CRIADO 1.º La señora Marquesa lo prohibió.
PAQ. También prohibió que te diese propinas y las tienes... prometidas.

669639

CRIADO 1.º Era la Filomena.
PAQ. Haberle dicho que no estoy en Madrid.
CRIADO 1.º Ya le dije que el señorito estaba de caza y tardaría un par de semanas.
PAQ. Ésto es un duro, cinco pesetas, veinte reales, una atrocidad de perros grandes, y de perros chicos casi el doble. Ahí lo recibes en plata, estímalo en calderilla... pero no va de propina; haz cuenta que te brotó en el bolsillo. No quiero sentar precedentes.
CRIADO 1.º El señorito siempre fué muy generoso.
PAQ. No puede calcularse mi desprendimiento. Ayer por la tarde dí cuatro mil pesetas.
CRIADO 1.º A una...
PAQ. A uno.
CRIADO 1.º ¡Caramba!
PAQ. Como lo oyes.
CRIADO 1.º Se pondría poco contento...
PAQ. Al revés; se disgustó.
CRIADO 1.º ¿Quería más?
PAQ. Quería menos. A un amigo mío le pedí cinco mil pesetas; me dió mil y me conformé. Indudablemente le he dejado cuatro que puede gastarse en lo que quiera.
CRIADO 1.º Antes de que vuelva usted por ellas.
PAQ. ¡Francisco!
CRIADO 1.º El señorito me dispensará si me equivoqué...
PAQ. No es equivocación; es atrevimiento.

ESCENA II

DICHOS, EL MARQUÉS por la derecha

MARQ. Francisco.
CRIADO 1.º Señor Marqués...
MARQ. ¿Qué conversaciones son éstas?
CRIADO 1.º El señorito Paco...
PAQ. Era yo que le hablaba... (Mutis Criado por izquierda.)
MARQ. No me gustan esas familiaridades con los criados, que luego se suben á las barbas.

PAQ. ¿Qué te importa yendo afeitado?
MARQ. Es un modismo castellano, que significa...
PAQ. Que te levantas de mal humor.
MARQ. ¡Sobrino!
PAQ. Y que te lo pasas tú solo, tío (Marchando.)
MARQ. Espera, espera. Hace dos días que no te he visto.
PAQ. Ocupadísimo.
MARQ. No vienes ni á dormir.
PAQ. Aun comprendo que me riñeras por no estar durante el día, si os agrada tanto mi presencia; pero de noche y cada uno en su cuarto, ¿qué más te da?
MARQ. Hay un criado siempre aguardándote, y con ese pretexto no trabaja después.
PAQ. Dame la llave. ¿No? Entonces...
MARQ. No podemos seguir así, y estoy dispuesto á que termine este escándalo; el que no esté en casa á las cinco de la mañana, no entra.
PAQ. Bueno, tío, lo que tú dispongas.
MARQ. Llevas una vida... Anteayer han venido á cobrar dos mil y tantas pesetas del sastre. ¿Tú crees que estamos aquí para pagar tus cuentas?
PAQ. ¿Quién ha dicho que aquí se ha pagado una cuenta?
MARQ. ¿Tuya?
PAQ. Ni de nadie.
MARQ. Pero las tuyas, menos.
PAQ. ¿Menos? Explícame esa charada.
MARQ. Digo que no lo tolero.
PAQ. (Zalamero.) ¿Por qué te enfadas, tío, si mi sastre no manda la nota para cobrarla?
MARQ. ¿Pues para qué?
PAQ. Para que yo sepa de fijo lo que le debo... y para que los demás lo sepan también. Es un reclamo; así se habla mucho de su establecimiento.
MARQ. Con parroquianos como tú...
PAQ. ¿Como yo? Hace cinco años que no ve un cuarto mío, y está encantado.
MARQ. ¿Hipnotismo?
PAQ. Conveniencia. ¿Quién le ha llevado á Jura del Río y á Somatierra y á una docena de

ellos así? ¿Quién le llevó á Guillermo Urbiza, que gasta sólo más que los doce juntos?

MARQ. ¿Y es buen sastre?

PAQ. Lo era, tío. Se echó mucho á perder; no te lo aconsejo.

ESCENA III

DICHOS, CRIADO 1.° por la izquierda con una cesta de flores, que deja sobre la mesa

MARQ. (Mirando la tarjeta.) De Urbiza. ¿Tienes ahí un duro?

PAQ. Lo tiene Francisco.

MARQ. Haz el favor de dárselo al muchacho.

CRIADO 1.° (Se inclina respetuosamente.) Adiós mi duro... No se le lo doy, pero lo pondré en la cuenta. (Mutis Criado por la izquierda.)

ESCENA IV

MARQUÉS y PAQUITO

MARQ. Sabes, Paquito... No quisiera equivocarme, pero Urbiza...

PAQ. ¿A María Victoria?

MARQ. Sí.

PAQ. ¿Ahora te enteras? Desde el invierno pasado que empezó á rondarla...

MARQ. ¿Y tú crees que seriamente piensa Guillermo Urbiza en casarse con María Victoria?

PAQ. ¿Serio? Fúnebre, tío. Ese hombre se casa.

MARQ. ¿De veras?

PAQ. Si le permitimos en broma, tampoco se negará.

MARQ. Pero dime, dime...

PAQ. Para que veas hasta qué punto llega su entusiasmo: sostiene que eres ameno é instructivo.

MARQ. En eso...

PAQ Que la tía Prudencia es de un trato agradabilísimo.

MARQ. Exagera; evidentemente exagera en eso.
PAQ. Y que yo soy el muchacho más simpático que ha encontrado. Y un hombre que quiere así á los tíos y al hermano, por fuerza tiene que adorar á la hermana y á la sobrina.
MARQ. Es un chico muy corriente.
PAQ. Chico... no digamos; pero corriente... ya lo creo.
MARQ. Calaveradas; incorrecciones nunca.
PAQ. Es inmensamente rico.
MARQ. Y de muy buen carácter.
PAQ. Riquísimo... ¿que mejor carácter va á tener?
MARQ. Sabes, sobrino, que...
PAQ. Ya lo creo, tío, que...

ESCENA V

DICHOS. CRIADO 1.° por izquierda

CRIADO 1.° (Con una bandeja.) Señor Marqués, aguardan...
MARQ. (Mirando la carta.) Compostura de... (Dejándola á escape en la bandeja.) A la señora Marquesa. (Mutis Criado por la derecha.)

ESCENA VI

MARQUÉS, PAQUITO

PAQ. ¿Quema?
MARQ. Es una...
PAQ. Basta: no pronunciemos la odiosa palabra.
MARQ. Vamos á ver, sobrino: ¿tú estás enterado de si María Victoria?...
PAQ. Rechazarlo, no; aceptarlo, tampoco. Anda Juan por medio.
MARQ. Que diablura...
PAQ. Pero ahora hay monos.
MARQ. ¿Dónde?
PAQ En la jaula, tío. Que están reñidos mi hermana y Juan.
MARQ. Magnífico.

PAQ. Lo malo es que ha vuelto de Viena.
MARQ. Ya le he visto.
PAQ. Y es posible que intente reanudar. Van cuatro veces que truenan; pero de esta relampaguea también
MARQ. Sería una gran cosa.
PAQ Para ella, ¿verdad, tío?
MARQ. Para ella.
PAQ. Y para nosotros, ¿qué te parece?
MARQ. ¡Qué diablura ese Juan, hombre, qué diablura!

ESCENA VII

DICHOS, MARQUESA, CRIADO 1.° por derecha

MARQ.ª Hazme el favor de saldar esta cuenta.
MARQ. (Hace señas á la Marquesa de que sí: al Criado.) Ahora no puedo atender... dile que vuelva.
CRIADO 1.º El caso es...
MARQ. ¡El caso es que sois unos torpes! (Mutis Criado.) Ese majadero de ebanista se figurará que no hemos de ocuparnos más que de sus muebles. ¿De sus muebles? De unas composturas insignificantes.
PAQ. (Riéndose.) No faltaba más... (Mutis por la derecha.)

ESCENA VIII

MARQUÉS, MARQUESA

MARQ.ª ¿Y esto?
MARQ. De Urbiza,
MARQ.ª ¿Para María Victoria?
MARQ. Para las dos; ha dicho para las señora...
MARQ.ª ¡Qué delicadeza! Le invité á ver la procesión desde aquí, porque hablamos anoche en el palco, estando él y me pareció de rigor...
MARQ. Naturalmente.
MARQ.ª Y mira qué atento... está muy en sociedad.
MARQ. No es de nuestra alcurnia, pero lo disimula.

MARQ.ª ¿Qué es lo que disimula?

MARQ. Quiero decir que á pesar de la diferencia de cuna, sus modales y sus juicios son acertadísimos.

MARQ.ª Es un caballero.

MARQ. Yo no tendría reparo en admitirle en mi familia si la ocasión se presentase.

MARQ.ª ¿Por qué habías de tenerlo?

MARQ. Y creo que lo intenta. Pero esa chiquilla...

MARQ.ª Bien la predico: lo de Juan es un disparate.

MARQ. Evidente.

MARQ.ª Y nuestra obligación es encaminarla. No tiene á nadie más que á nosotros en el mundo, porque su hermano...

MARQ. Paquito es una devanadera sin hilo; aunque en este asunto lo encuentro muy juicioso.

MARQ.ª Para ella es la salvación.

MARQ. Y estos momentos son oportunos; si tú con discreción y con tacto... ¿por qué no la hablas claramente?

MARQ.ª Déjame á mí, déjame. Prefiero aguardar á que ella empiece la conversación; pero lo esencial es tener seguridad en Urbiza.

MARQ. Absoluta.

MARQ.ª ¿Absoluta?

MARQ. Me lo dijo Paquito.

MARQ.ª Puede que no sea mal conducto para saberlo.

MARQ. Son íntimos...

ESCENA IX

DICHOS; VICTORIA con PAQUITO por la derecha

PAQ. (Con el sombrero puesto.) ¿De manera que quieres flores?

VIC. Sí, pero sueltas.

PAQ. Pues vas á ver lo que es un hermano. (Hace la evocación.) Ahí las tienes.

VIC. (Contenta.) Cuántas y qué bonitas... Paquito... (Parándose de pronto y leyendo la tarjeta.) De Urbiza...

MARQ.ª ¿Valen menos?

VIC. Costarán más seguramente.
PAQ ¿Quieres algún otro encargo?
VIC. No.
PAQ. Pide, que para tí conozco un secreto mágico.
VIC. Por eso no te pido. Anda con Dios
PAQ. Hasta ahora. (Mutis por la izquierda.)
MARQ.ª ¿Querás hacer algún ramo pequeño?

ESCENA X

DICHOS menos PAQUITO

VIC. Sí; voy á buscar las cintas.
MARQ.ª Yo te las traeré. (Al Marqués.) ¿Pusiste la recomendación para el cura de Monteclaro?
MARQ. ¿Cuándo?
MARQ.ª Ponla en un momento; el pobre ya merece esa canongía y quedó en volver por la carta esta mañana.
MARQ. Ven y la pondremos á tu gusto. (Mutis Marqués y Marquesa por la segunda derecha.)

ESCENA XI

VICTORIA, arreglando las flores; una pausa larga; JUAN, por la izquierda

JUAN (Lentamente.) Buenos días, María Victoria. (Después de haberse mirado los dos un momento y con fijeza.)
VIC. Juan...
JUAN Has dicho ¡Juan! con el mismo tono que si se tratara de un desconocido y soy tu pariente, en cuarto ó quinto grado, pero lo bastante cercano para que nos tuteemos, y tengo entrada franca en casa de tus tíos, de nuestros tíos... ¿No te acuerdas? Soy el Conde de Sierraquebrada, llevamos tú y yo un apellido igual... y también soy aquel á quien una mujer que se llama como tú, María Victoria, le ha escrito muchas veces

y terminó siempre las cartas diciendo tuya... tuya...

VIC. Pero no en la última.

JUAN De eso tenemos que hablar.

VIC. ¿Para qué?

JUAN Para hablar. Con este sólo objeto abandoné la Embajada y mi destino de secretario para volar á tu lado y devolverte esa carta, la última.

VIC. Gracias: hace tres meses que te he escrito y de Viena á Madrid no se tarda tanto ni aun volando.

JUAN Necesitaba licencia del ministro de Estado.

VIC. Para esto es muy posible; para otros viajes ya te la tomas tú.

JUAN Te han mentido.

VIC. ¿Te han mentido? ¡Júralo!.. no, no lo jures. La crónica escandalosa ha dado tantos detalles.

JUAN ¿De qué?

VIC. De tu escapada á París.

JUAN No es cierto.

VIC. Siguiendo al duque de Orfot, que te robó una bailarina escuálida y pintada de rojo, que os gustaba á los hombres porque hacía reir á las mujeres.

JUAN No es cierto, te digo.

VIC. (Siempre burlona.) Tú desafiaste al duque y el duque te dió explicaciones... y te dió otra vez la bailarina.

JUAN Estás engañada.

VIC. Por tí; ya lo sé.

JUAN Por quien tuvo interés en contarte esa patraña.

VIC. Después de todo, ¿qué más da? Eres libre y eres hombre, y esas son cosas de hombres... (Con asco.) y de mujeres. Lo oí referir cien veces, casi todas con la piadosa intención de que llegara bien á mis oídos, y al principio, lo confieso, me mortificaba, pero al fin he comprendido el inmenso favor que me hiciste con aquel escándalo.

JUAN Poco crédito merezco.

VIC. ¿Y qué importaría que te creyese ahora?

¿Piensas que no sé más? Tú que vives en en nuestra sociedad, ¿te figurabas que iban á perdonarme un alfilerazo? Los clavan todos sonriéndose... y yo he escuchado unos con pena y otros con asco, pero todos con la misma sonrisa y el mismo desdén, como si no hablasen de lo mío.

JUAN Invenciones de aburridos.

VIC. Bien. Arranquemos esa página. ¿Para qué me buscas?

ESCENA XII

DICHOS; CRIADA, por la derecha; entrega á Victoria una cajita de cintas é hilos. Mutis por la derecha

ESCENA XIII

DICHOS menos CRIADA

VIC. ¿Para qué me buscas?

JUAN Para que recojas tu carta.

VIC. Rómpela tú mismo.

JUAN Es tuya.

VIC. Dámela. (Coge la carta, la rompe, va al balcón y y tira los pedazos.)

JUAN (Saliendo al paso cuando vuelve.) Hice bien en confiar y jamás te daré motivos para un reproche.

VIC. Estoy convencida; entre tú y yo, entre dos amigos, es difícil justificar reproches.

JUAN ¿Eres rencorosa?

VIC. ¿Y si lo fuera?

JUAN No serías la misma.

VIC. Pues así soy.

JUAN (Deteniéndola suavemente.) Perdóname; reconozco mis torpezas pasadas, pero te hablo de hoy, de mañana, de siempre ya.

VIC. No.

JUAN Es increíble.

VIC. ¿Lo que he tardado en resolverme?

JUAN Lo que has resuelto.

VIC. Pues así es.

JUAN No, no puede ser.

VIC. Es.

JUAN ¿Es posible que así, en un momento de rencor, reniegues de estos ochos años?... ¿no los recuerdas?

VIC. Ocho años... lo mejor de mi juventud aguardando mientras tú te divertías, que hay mucha diferencia de mi espera á la tuya... y ahora... ¡No! porque aguardé tanto, ya tengo derecho para no aguardar más.

JUAN Bien sabes que no he podido casarme contigo porque mi carrera no me proporciona lo bastante ni aun para vivir yo y mi familia no puede ayudarme.

VIC. No sigas. Ya es hora, Juan. Tú conoces mi posición; sin padres, recogida por lástima y siendo mi hermano y yo un peso más sobre la ruina de esta casa... ¿Y el porvenir?... No, Juan, hemos concluído.

JUAN Pero si yo siempre he soñado en rogarte que aceptes mi nombre.

VIC. Basta de promesas, Juan.

JUAN ¿Para qué te engañaría? María Victoria... (Cogiéndole la mano.) Verdad de mi vida... ten confianza... tú serás mi mujer, te lo juro.

VIC. (Vencida.) Juan...

JUAN Verás qué felices somos... Cuando las circunstancias me lo permitan...

VIC. (Separándose y fríamente.) ¿Aun no me das ahora la solución?

JUAN Comprende que es imposible. ¿Con seis mil pesetas al año, ¿qué hacemos de tus apellidos y los míos que exigen conservar un rango social?...

VIC. Renuncio a todo.

JUAN Hoy: mañana tal vez lo echases en cara.

VIC. No me conoces.

JUAN Espera al menos.

VIC. A que seas embajador. Veinte ó treinta años. Hasta aquí llegamos, Juan. Te prefiero á todos; todo cede ante tí, pero resuelve tú.

JUAN Ya lo sabes.

VIC. Escúchame. Ahora mismo hablas á los tíos ó ahora mismo terminamos.

JUAN Sé razonable; espérame.

VIC. Decide.

JUAN Sería una locura en nuestras condiciones.

VIC. No te engañes.

JUAN (Marchando.) He venido en mal momento.

VIC. Y en mal momento quieres irte. No, no te vayas.

JUAN Ya lo hablaremos de nuevo.

VIC. (Tras de él.) Mira Juan, que este minuto es el más grave... no pases esa puerta sin resolverte.

JUAN Espérame.

VIC. Hemos terminado, Juan.

JUAN No, aún no. (Mutis Juan por la izquierda. Victoria queda absorta y sin moverse.)

ESCENA XIV

VICTORIA y MARQUESA por la segunda derecha

VIC. Resueltamente, se acabó...

MARQ.ª ¿Con quién hablabas?

VIC. Con Juan.

MARQ.ª ¿De qué?

VIC. De todo.

MARQ.ª ¿Y qué?

VIC. Nada.

MARQ.ª ¿Habéis quedado?...

VIC. Como extraños.

MARQ.ª Como parientes.

VIC. Es igual.

MARQ.ª No siempre.

VIC. (Acariciándola para borrar el mal efecto.) Juan opina que es una locura casarse no teniendo más que tres mil pesetas de sueldo.

MARQ.ª En vuestra situación es verdad.

VIC. Con nuestros apellidos... Nunca pude sospechar que pesaran tanto.

MARQ.ª Discurres con los nervios. Siendo mucho no es solo el nombre lo que defendéis; son las

costumbres, los hábitos de lujo y de comodidad.

VIC. Lo que sea. Juan opina de ese modo: se ha marchado y yo me quedé.

MARQ.ª Creo que os habéis hecho mutuamente un gran favor.

VIC. Aun es pronto para saberlo.

MARQ.ª Si el matrimonio fuera un idilio, yo sería la primera en inclinaros á realizarlo.

VIC. (Sombríamente.) Pero como no lo es...

MARQ.ª No.

VIC. Usted me aconseja, tía...

MARQ.ª ¿Para seguir mi opinión? ¿De buen grado?

VIC. ¿Qué más da?

MARQ.ª Pues oye; debes terminar con Juan.

VIC. Ya está.

MARQ.ª Debes quedar libre.

VIC. Ya estoy.

MARQ.ª Y debes casarte con Guillermo Urbiza.

VIC. Es un consejo...

MARQ.ª Sí.

VIC. Que parece una puñalada.

MARQ.ª ¡Cuántas envidiarían tu suerte! (Viéndola llorar convulsa.) ¿Qué te pasa?

VIC. Nada, tía... que no sé comprender bien tanta suerte como tengo. (Mutis lento por la derecha.)

MARQ.ª Algún día se explicará el favor que la hacemos.

ESCENA XV

MARQUESA, MELCHOR por la izquierda, le acompaña un Criado que se retira desde la puerta

MARQ.ª (Adelantándose á recibirle.) ¡Melchor!

MEL. ¡Marquesa!

MARQ.ª ¿Cómo vamos desde anoche?

MEL. No hay queja; ¿y por aquí?

MARQ.ª Bien. María Victoria un poquillo nerviosa: ha roto definitivamente con Juan y me pidió consejo para el porvenir.

MEL. ¿Urbiza?

MARQ.ª Esa fué mi opinión

MEL. Es la única práctica; y aunque Guillermo Urbiza tiene sus defectos...

MARQ.ª Cambiará seguramente.

MEL. Con esa seguridad es un buen consejo el matrimonio. (Sentándose.) El Marqués me escribió esta mañana diciéndome que no dejara de venir hoy un poco más temprano.

MARQ.ª Por lo del pleito sin duda.

MEL. ¿Pleito?

MARQ.ª Un pagaré que ha vencido ya.

MEL. ¿Mucho?

MARQ.ª Once mil pesetas.

MEL. Tú podías parar el golpe, porque esas cosas, y precisamente estando en juego Urbiza, son muy perjudiciales.

MARQ.ª ¿Y cómo?

MEL. ¿Y los ocho mil duros que ganaste el mes pasado en la compra de aquellos Bancos?

MARQ.ª Pagar año y medio de coche á mil pesetas mensuales...

MEL. Es carito el abono.

MARQ.ª ¿Cómo lo regateas? Y gracias. Van diez y ocho; seis mil atrasadas á la modista y dos por los vestidos de verano son veinte y seis mil... Los conciertos, el palco de los toros y verás lo que ha quedado... Mil que me cogió Paquito el mismo día que las tragiste.

MEL. Tu sobrino Paquito es una monada.

MARQ.ª Pero es tan zalamero...

MEL. Muchísimo. Ayer fué á pedirme cinco mil pesetas; le di mil, que es la rebaja acostumbrada, y tuvo la desfachatez de añadir que no me daba recibo para no llenarme la cara de papeles inútiles.

MARQ.ª ¿Te será fácil complacer al Marqués?

MEL. Es la manera de complacer á la Marquesa.

MARQ.ª Me enoja tener que acudir tantas veces á tu generosidad.

MEL. Si soy yo el agradecido. Desde que te consulto mis asuntos no ha fallado un negocio: lo del ferrocarril, que tuviste la corazonada de hacerme comprar, si continúa como va hasta la liquidación de fin de mes, el día uno del que viene te suplicaré que vayas á

curiosear por los escaparates de las joyerías.

MARQ.ª ¿Las esmeraldas para mi santo?

MEL. Aparte de lo ofrecido, otro capricho.

MARQ.ª (Natural.) Me parece que es Paquito.

ESCENA XVI

DICHOS y PAQUITO

MEL. El mismo.

PAQ. Hola, don Melchor.

MEL. Hola, pollo.

PAQ. ¿A que no conoce usted un sobrino que tenga una tía más guapa?

MEL. Eso pienso.

PAQ. Todo el mundo. (Va á dejar el sombrero y el bastón en una silla.)

MARQ.ª ¿Cómo quiere usted negarle nada á este chiquillo?

MEL. Ya sabe por dónde anda. (A Paquito.) ¿Qué milagro, tan madrugador?

PAQ He ido á que me afeiten: vendrá la viudita á ver la procesión.

MARQ.ª (A Melchor.) Eugenia.

PAQ. Y como su olvidado esposo gastaba las barbas hasta el pecho, el contraste quizás la inspire alguna idea.

MEL. ¿Subversiva?

PAQ. Legal... es decir, corriente.

MEL. Justificada la peluquería.

PAQ. Para viudas y casadas no conviene parecerse al marido; sin la variedad es indisculpable el pecado.

MEL. Ya ocurre.

PAQ. Pero es una aberración y yo hago el amor con lógica. Si el luto es aun reciente, voy á contarles enredos y murmuraciones, porque necesitan distraerse las pobrecitas... En los bailes, suspiro para que se figuren que mi alma está ansiosa de algo más que aquellas frases triviales... Y por cuentos ó por suspiros siempre hay alguna agradecida.

MEL. Muy bien.
PAQ. Pero vamos á lo importante. Podrá usted dedicarme un rato...
MEL. Ya tuve el gusto de verte ayer.
PAQ. Es muy distinto lo de hoy.
MEL. Tú dirás.
PAQ. Esta noche, un muchacho francés que viaja para instruirse y yo, que viajo y me instruyo por separado, comemos en Fornos con tres, con tres .. ¿cómo se llamarán aquí esas tres?
MEL. *Cocottes.*
PAC. No.
MEL. Entretenidas.
PAC. Tampoco. A ver si por las señas... Tres hermanas que van con la madre y son unas señoritas, pero al final desaparece la madre por ocupaciones urgentes y...
MARQ.a Paquito, esa conversación...
PAC. Es un hecho histórico, tía, y no se debe falsear.
MEL. ¿Y tú para qué necesitas llamarlas de ningún modo?
PAQ. He necesitado llamarlas para que fueran esta noche.
MEL. ¿Y qué?
PAQ. Le convido á usted; yo pago.
MEL. Me parece que el que paga soy yo.
PAQ Razón de más.
MARQ a Don Melchor no va á esas cenas.
PAQ Son muy agradables
MARQ a Son muy incorrectas.
PAQ. Hasta el final, irreprochables. Don Melchor podía ir como las señoras que van á los bailes públicos, hasta el descanso, y luego realizan una retirada honrosa.
MEL. Gracias, Paquito.
PAQ. Tendré que buscar otro para completar el sexteto.
MEL. Ya estais los seis.
PAQ. No; la madre come lo que puede, se guarda los fiambres y los postres... y desaparece.
MEL. ¿A los postres?
PAQ. Según.

MEL. Dispénsame que no vaya.

PAQ. Ellas, que estaban tan entusiasmadas creyendo que iban á conocer á Cromwell.

MEL. (A la Marquesa.) Soy yo.

PAQ. El protector de Inglaterra en el año... hace una porción de años, y yo, por la protección que me dispensa don Melchor, no encuentro signo de admiración más grande que llamarle Cromwell.

MARQ.ª Pues no he oído hablar nunca de ese señor.

PAQ. Porque no sabés historia, tía; pero en cambio sabes historias y resulta mucho más agradable en sociedad.

MARQ.ª Lo que está muy mal es que me cuentes esas cosas, y peor todavía que pretendas conducir á una persona seria...

MEL. Invitarme era una broma.

MARQ.ª De muy mal gusto.

ESCENA XVII

DICHOS y MARQUÉS, por la segunda derecha

MARQ. Usted me dispensará que le haya escrito.

MEL. (Levantándose á medias.) A su disposición, Marqués.

MARQ. Ahora hablaremos. ¿Aun no están puestos los reposteros? Prudencia, mujer, cuídate un poco de la casa.

MARQ.ª (Levantándose.) No puede una descansar nada en los criados: les advertí que á las doce estuvieran colocados los tapices y ya ve usted.

MEL. Aun no son.

MARQ.ª (Llevándose á Paquito.) Te lo digo muy seriamente: no me agradan esas libertades que te tomas... (Mutis Paquito y Marquesa por la primera derecha.)

ESCENA XVIII

MARQUÉS y MELCHOR

MARQ. Le puse á usted esas dos líneas, rogándole que viniera, porque anoche no le encontré en su casa.

MEL. Fuí al teatro.

MARQ. Me lo dijo Prudencia luego: y como precisaba hablarle antes de las dos...

MEL. Usted me dirá.

MARQ. Es una pequeñez: un majadero que me ha puesto una ejecución.. creo que lo llaman ustedes así... yo no tuve nunca tiempo ni humor de fijarme en esas monsergas de tribunales, que no son para gente como nosotros.

MEL. Como usted, querido Marqués, como usted.

MARQ. Al decir nosotros, hablo siempre de... (Parándose en seco.)

MEL. Usted sabrá de lo que habla.

MARQ. Pues bien. Al principio no le di importancia, entendiendo que esas exigencias ridículas deben desdeñarse; pero mi procurador se apura... vamos, que me molestó; y quiero, no pagarlas, sino tirárselas á la cara.

MEL. A la cara, perfectamente.

MARQ. Y cuento con usted, mi querido don Melchor.

MEL. No puedo negarme en un caso como éste.

MARQ. Usted merecía ser de los nuestros.

MEL. Es un verdadero elogio; pero si yo fuese de los de ustedes, tendríamos que buscar á uno de los míos para que nos ayudase á todos.

MARQ. ¿No le molestará á usted demasiado que hoy mismo zanjemos esta cuestión?

MEL. Antes de las dos tendrá usted aquí el talón del Banco.

MARQ. Hágame usted el obsequio de pasar á mi despacho y le extenderé el recibo de las veinte mil pesetas.

MEL. Creí que eran once.

MARQ. No, le diré á usted... efectivamente son once, pero las costas...
MEL. (Muy serio.) Comprendo.
MARQ. Y los gastos, y...
MEL. Comprendo bien.
MARQ. Me convendría esa cantidad redonda y para usted no tiene importancia sensible...
MEL. Es el doble.
MARQ. Así será doble el favor. ¿Pasamos al despacho? (Mutis los dos por la segunda derecha.)

ESCENA XIX

MARÍA VICTORIA, por la primera derecha, seguida de dos Criados que colocan los tapices y se retiran luego. Va á la mesa y arregla las flores. EUGENIA y JUAN, un CRIADO luego

EUG. Está la calle imposible de gente aguardando la procesión, y gracias al conde que tuvo la amabilidad de ofrecerme el brazo... ó mejor dicho de acceder á mi ruego... No tengo costumbre de andar á pie y menos con este bullicio. (A Juan.) Usted me dispensará si le he contrariado.
JUAN Nunca... (Se sienta foro izquierda y fuma pidiendo permiso á Eugenia.)
EUG. ¿Quieres que te ayude? (Se quita los guantes.)
VIC. Bueno.
EUG. Creí que tendrías gente.
VIC. No invitamos, pero alguien vendrá.
EUG. Flores sí tienes: ¿quién te las mandó?
VIC. Urbiza.
EUG. ¿Urbiza todas?
VIC. Todas.
EUG. ¿Oye usted, Conde?
JUAN En el tono que están ustedes hablando no tiene nada de particular que lo oiga.
EUG. ¿Fuí indiscreta?
JUAN No.
VIC. Es desdeñoso.
JUAN No. Supersticioso. Me figuré que era de mal agüero.
EUG. ¿El qué?

JUAN Enviar flores sabiendo que van á tirarlas.
EUG. A la Virgen, cuando pase la procesión. Aun es más aprecio que guardarlas... y tal vez quedase alguna olvidada.
JUAN Es que tampoco voy buscando olvidos.
EUG. Para luego prenderla...
JUAN Las mías necesitan mucho calor y no prenden en tierra fría.
EUG. Entonces...
VIC. Entonces queda probado que Juan tuvo razón al no enviarlas. (Pausa.)
EUG. ¿Qué tal el clima de Viena, Conde?
JUAN Parecido al de aquí.
EUG. ¿Y la ciudad, es alegre?...
JUAN Según.
EUG. Usted se ha dejado allí el buen humor.
JUAN Algo escondido viene, pero lo traje.
EUG. A verlo. ¿Le hace á usted falta mas gente para animarse... ó menos?
JUAN ¿Qué desea usted saber, Eugenia?
EUG. Noticias. Verdades ó mentiras.
JUAN No recuerdo ninguna.
VIC. Modestia; alguna sabrá.
EUG. ¿Tú crees?
VIC. Sería inverosímil que no supiese algo de lo mucho que refieren los que deben estar menos enterados.
JUAN Si es capricho tuyo.
VIC. No, de Eugenia.
EUG. Quizá no sea bastante.
JUAN Para que usted no lo dude, contaré una.
VIC. ¿De allá?
JUAN Y de aquí: internacional.
EUG. ¿Con nombres?
JUAN Si ustedes dos lo exigen.
EUG. Resultaría más sabrosa; pero tanto como exigirlo...
JUAN Es posible que conozcan á los personajes, y en ese caso pueden ustedes aplicar en alta voz los nombres.
EUG. Venga.
JUAN En Viena vivía uno de los protagonistas.
EUG. ¿El ó ella?
JUAN El.

EUG. ¿Y ella?
JUAN Aquí.
EUG. ¿En esta casa?
JUAN En Madrid.
EUG. Ya es más difícil averiguarlo.
VIC. Si nos intriga mucho, que lo dudo, se pueden poner anuncios preguntando.
EUG. Señas personales del galán.
JUAN El es un buen muchacho: supongo que no tendrán ustedes inconveniente en admitir que haya un hombre bueno en el mundo.
EUG. Sobre todo á esa distancia.
JUAN Un tipo, como todos; con defectos, como todos.
VIC. Y sin virtudes.
EUG. Como todos.
JUAN Hay una Real orden que se las adjudica á ustedes por completo.
EUG. Señas de la dama.
JUAN Ella es una mujer buenísima también.
EUG. Dos ángeles.
JUAN Pues ya tienen nombre. Angel y Angela. Atractiva, leal, (RIÉNDOSE.) indulgente.
EUG. ¿Y en lo físico?
JUAN Encantadora.
EUG. (RIENDO.) ¿Me parezco algo á esa perfección?
JUAN Difícilmente podrá compararse con usted, Eugenia.
EUG. ¿Y con María Victoria?
JUAN (SE LEVANTA DA UNOS PASOS Y LA MIRA CON IMPERTINENCIA; ELLA SOSTIENE LA MIRADA.) María Victoria es lindísima, pero no, no se parece nada á esa mujer que yo he conocido. (VUELVE Á SENTARSE INDOLENTEMENTE.) Se querían...
VIC. Se lo decían mutuamente.
JUAN Eso es... Y diciendo los dos lo mismo, él confiaba ciegamente en la palabra de ella.
EUG. Para que Angela no quede mal...
VIC. En el cuento.
EUG. Sí; pongamos que se querían.
JUAN Usted es más benévola, Eugenia.
EUG. Soy viuda, Conde.
JUAN Se querían... y salvo algunas escapadas de él á lo... práctico...

EUG. Vía libre; adelante.

JUAN Y algunas lágrimas de ella soñando en lo ideal...

EUG. Soltera, ¿verdad? Estación de salida: ya hice ese viaje y ya lo deshice.

JUAN Aseguran que tiene usted tomado billete nuevamente.

EUG. ¡Ay, Conde; para estos viajes con viudas, ya se acercan bastantes al despacho de billetes, pero traen mucha moneda falsa!

JUAN Angel y Angela; la armonía entre ellos era completa, pero llegó un momento en que valieron más recelos y suspicacias que los años de lealtad.

EUG. ¿Aquí vendrá el traidor?

JUAN En este cuento es traidora.

VIC. Déjale acabar.

JUAN En cuanto te canse corto la relación; los separo ó los mato.

EUG. O los casa.

VIC. Sería incomprensible que se casaran siendo tan buenos los dos.

EUG. Al revés.

VIC. La bondad con otros requisitos materiales es una gran cosa, pero á solas, es un dote muy mezquino y no convence.

EUG. ¿Hay diferencia de posición?

VIC. De ambición.

JUAN No hay diferencia, sino que ella razona con el corazón y él...

VIC. Como no lo tiene, razona fríamente con su inteligencia.

EUG. Es muy dulce eso de guiarse por los sentimientos, pero no está de más pensar lo que se sienta.

JUAN Luego se pagan muy caras las equivocaciones.

VIC. El que está pronto á sufrir las consecuencias, se puede dar el lujo de equivocarse.

JUAN Y después el de arrepentirse.

VIC. Yo, por ejemplo.

JUAN Sí, tú, por ejemplo.

VIC. Si necesitase para seguir la línea recta algo más que mi propia dignidad, me sobraría con mi orgullo.

JUAN Bien. La historia fué, que un día ella se cansó de esperar, y puso al galán una carta rompiendo sus relaciones. El vino á implorar, ella exigió el matrimonio inmediato ó la ruptura.

EUG. ¿Y el final?

JUAN No lo tiene todavía.

VIC. Sí lo tiene. Ella rechaza una mano que le tienden á distancia para que no pueda cogerla, y él sigue creyendo que el papel de víctima es muy hermoso y que habrán de conformarse una vez más.

JUAN Cierto: el hombre es tan torpe que se atreve á esperar constancia de una mujer.

VIC. Todo acaba: hasta la credulidad tiene un término.

JUAN Cuando conviene.

VIC. ¿Qué dices?

JUAN (Calmoso.) Por lo visto más de lo que yo mismo creía.

EUG. (Deteniendo á Victoria.) Viene gente.

JUAN Y sería curioso ver quién se interpuso para desenlazar mi historia de ese modo.

EUG. La curiosidad es patrimonio exclusivo de nosotras

JUAN Estoy convencido: en el mundo todo se ha hecho para las mujeres, incluso los hombres.

EUG. Probablemente, pero ustedes son muy malos cumplidores de la voluntad divina.

CRIADO 1.º El señor Urbiza. (Mutis Criado, después de pasar Guillermo, por primera derecha.)

ESCENA XX

DICHOS, menos CRIADO, GUILLERMO

VIC. (Al Criado.) Avise usted á los señores. (A Guillermo.) Muchas gracias por su atención.

GUI. Está más que pagada aceptándola.

VIC. Son líndisimas.

GUI. Eugenia. (Saludándola.)

EUG. Urbiza. (Guillermo se vuelve hacia Juan y ambos se inclinan.)
EUG. (Aparte á María Victoria.) ¿No los presentas?
VIC. (Secamente.) No.

ESCENA XXI

DICHOS, MARQUÉS y MELCHOR por segunda derecha

MARQ. ¿Pero ustedes no quieren ver la procesión? Viudita...
EUG. Marqués... Don Melchor... (Melchor saluda á Urbiza.)
MARQ. Urbiza... ¿Qué hay, Juan? ¿Ustedes no se conocen? Don Guillermo Urbiza, distinguido *spormant*, Vocal del Automóvil-Club; el Conde de Sierraquebrada, mi sobrino, Secretario de nuestra Embajada en Viena.
EUG. (Aparte á Victoria.) Ya son amigos.
VIC. ¿Tú crees?
EUG. Oficialmente, es indudable.

ESCENA XXII

DICHOS, MARQUESA y PAQUITO por primera derecha

PAQ Eugenia, Eugenia, ¿qué le dije á usted ayer?
EUG. No me acuerdo.
PAQ. Pues para olvidarlo, con lo que dije ayer tenemos bastante. (A Guillermo que está con la Marquesa.) Hola, Guillermo.
GUI. ¿Vienes luego á probar un «Gladiator de treinta y cinco caballos?»
PAQ. (Llevándoselo aparte.) A propósito; esta noche en Fornos...
GUI. No.
PAQ. ¿Qué ridículo eres?
GUI No. (Marcha hacia las señoras que van al balcón.)

PAQ. Estos aspirantes á maridos son insoportables.

JUAN (Deteniendo á Eugenia.) ¿Quién es ese?

EUG. El de las flores. (Sigue al balcón.)

PAQ. ¿Quieres venir á comer esta noche con unas señoritas muy distinguidas?

MARQ. Sobrino.

PAQ. Tío...

MARQ. ¿Puedo ir dignamente?

PAQ. Con toda tu dignidad.

MARQ. ¿Me garantizas la corrección?

PAQ. Te garantizo la tuya. A las nueve.

MARQ. Conste que voy invitado.

PAQ. Como siempre.

MARQ. E ignoro en absoluto que van señoras.

PAQ. Descuida, tío, señoras no irán.

MARQ Yo creía...

PAQ. Son señoritas.

MARQ. ¡Ah!

EUG. (Desde el balcón.) Se quedan ustedes sin ver nada.

PAQ. Allá vamos.

JUAN (Que está con Melchor en el otro balcón, observando, entra y á Paquito, mientras el Marqués se reune con don Melchor.) Oye, Paco.

PAQ. ¿Qué quieres?

JUAN ¿Quién es ese Urbiza?

PAQ. Un millón de duros.

JUAN Y yo tercer secretario; es natural.

PAQ. ¿Qué?

JUAN Que sea tu protegido.

PAQ. Lo que es entre él y tú para mi hermana...

JUAN Así pensais todos.

PAQ. Ni que estuviéramos locos para no pensarlo. (Paquito se reune con Melchor y Marqués.)

MARQ.a María Victoria... Eugenia, las flores. (Entran Victoria, Eugenia y Guillermo; cogen cada uno una cestita; Eugenia á los hombres, Guillermo á las señoras y al pasar Victoria:)

JUAN Tirarlas bien.

VIC. Ya procuraré...

JUAN Figúrate que en ellas va mi cariño y verás qué bien las tiras.

VIC. Aun es tiempo, Juan.

JUAN Tíralas.

VIC. Pues todas juntas. (Se oye el clarín de atención: Victoria, desde el balcón de Melchor y Marqués, arroja á puñados y con brio las flores; los demás tiran también. Marquesa, Eugenia y Marqués se arrodillan. Los otros se inclinan. Victoria se arrodilla después muy lentamente. De arriba caen papelitos. Suena la música en la calle ó las cornetas solamente.)

TELON

ACTO SEGUNDO

La escena representa una casa de campo con muebles claros: foro de cristales que da á una terraza con baranda sobre el mar. En San Sebastián: mes de Agosto; por la tarde. Puerta al foro y una lateral á cada lado.

ESCENA PRIMERA

GUILLERMO, con el sombrero puesto, leyendo un periódico, de pie. Luego MISS KETTY por la izquierda

GUI. ¿Por qué habrán suspendido esta tarde? Era un buen partido de pelota; no tienen formalidad ninguna las empresas. (A la Miss, que entra.) Miss Ketty, ¿y el pequeño?

KETTY Con la señora en el jardín.

GUI. Miss Ketty, ¿cuándo va usted á responderme?

KETTY Cuando acabe de pensarlo.

GUI. El miércoles, que usted sale, es preciso que nos veamos.

KETTY Déjeme usted, por Dios. La señora hace ya días que está muy seria conmigo, y si nos viese...

GUI. ¡Qué importa!

KETTY Perdería la casa.

GUI. Para ir á la de usted; mejor aún.

KETTY No.

GUI. No sea usted boba, Miss Ketty. Conmigo

tendrá usted el porvenir asegurado... El miércoles, á las cinco, en la carretera del Antiguo, esperaré en un coche.

KETTY No, no, ¿para qué?

GUI. Para hablar diez minutos con sosiego.

KETTY A las cinco ya hay mucha gente.

GUI. A las cuatro en punto.

KETTY Pero, ¿después ya no me molestará usted más?

GUI. Es probable que ya no lo considere usted como molestia. (Alto.) Y no se olvide usted de mandar que preparen una buena merienda para los niños. (Mutis Miss Ketty por foro izquierda.)

ESCENA II

GUILLERMO, PAQUITO por el foro

PAQ. ¿Sabes que hace calor en esta habitación?...

GUI. No lo noto.

PAQ. Ni yo. Lo digo por la sofocación de la Miss; va como una manzana, encarnada. ¿Qué le decías?

GUI. Nada de particular; ya pudiste oirlo. Que preparen una merienda para los niños que vendrán á jugar con Guillermito.

PAQ. Y el postre era esa manzana que salía.

GUI. No me gustan cierto género de bromas.

PAQ. Reserva las hipocresías para cuando hables con tu mujer.

GUI. Te doy mi palabra de que no hay nada entre la Miss y yo.

PAQ. Eso ya es otra cosa y te creo, no por la palabra, sino porque conozco los procedimientos. Tú no tienes más que un vicio.

GUI. No es mucho.

PAQ. El de la comodidad: á ese subordinas todo. ¿Está la Miss en casa? Pues no hay nada todavía, conformes. En cuanto ella se decida, pisito, visiteo un año, y en seguida á buscar un amigo para endosarle la letra.

GUI. Déjame en paz.

PAQ. Tú eres el que debías dejarme. Por ley natural, esa muchacha es para mí; ella se aburre, yo le hago compañía y la distraigo cuando mi apreciable hermana no esté en casa.

GUI. Delante de mi mujer ya te veo bien formal.

PAQ. ¡Qué remedio! María Victoria nos trata como a reclutas. Es un coronel de moralidad.

GUI. Hace bien.

PAQ. Y tú contentísimo, ¿verdad, cuñado? El ideal sería que en el mundo no hubiese más hombre que tú. Qué éxitos tendrías... ¿Me dejas á la Miss?

GUI. Lo que hago es prohibírtela.

PAQ. ¿Estás encaprichado?

GUI. No es capricho. Una criatura tan delicada, tan fina, tan discreta...

PAQ. Siendo así, es lógico que procures hacerla perder inmediatamente todas esas cualidades.

GUI. Yo sabré apreciarlas.

PAQ. Pues cuanto antes; contigo es el único sistema.

GUI. ¿Avisaste en Pasajes?

PAQ. A las nueve tendrán preparados cuatro cubiertos.

GUI. Tres.

PAQ. Cuatro.

GUI. La rubita, tú y yo.

PAQ Y otra, aunque sea de color, para Paquito, que también es de Dios.

GUI. Procura escogerla al menos.

PAQ. De lo más distinguido. Ya sabes cómo las gasto cuando tú pagas: probablemente la Condesa Wasisky.

GUI. ¿La ecuyere?

PAQ. Ecuyere es en invierno; en verano es Condesa nada más.

GUI. Es tan presumida...

PAQ. Mejor: la presunción es una cosa muy práctica... para los demás. A cualquiera de tus conquistas hay que darle un regalito, y mi Condesa queda pagada dándole tratamiento.

GUI. ¿Dónde nos reunimos?

PAQ. En el Casino.
GUI. En la terraza.
PAQ. En la sala del crimen.
GUI. ¿También por la tarde?
PAQ. Un bacarrat indecoroso, pero siquiera se sostiene el vicio.
GUI. A las ocho.
PAQ. Sí. Moros en la costa: el coronel... De manera que le digo á ese caballero que esta noche hablaréis. Y créeme, no te metas en negocios: sólo sirven para quien los maneja.

ESCENA III

DICHOS; VICTORIA por la terraza

PAQ ¿No te parece, María Victoria? Le estoy diciendo á tu marido, porque esta noche vamos á comer con ese francés, con Mr. Dupuy, que viene á establecer aquí en San Sebastián una fábrica de embutidos metálicos.
VIC. ¿De qué?
PAQ. De cables eléctricos con coraza de cobre ó de aluminio, una historia de esas, que no le haga caso.
VIC. El sabrá.
GUI. No estoy muy animado, porque realmente no lo entiendo.
VIC. ¿De modo que hoy tampoco vienes á comer?
GUI. Ya lo ves.
VIC. Tenemos gente.
GUI. Discúlpame.
PAQ. Una comida fastidiosa; procuraré acortarla.
GUI. Y en cuanto terminemos...
PAQ. Venimos.
VIC. ¿Tú también vas?
PAQ Mr. Dupuy ha conocido á Guillermo por mí y se creyó obligado á convidarme.
VIC. (A Guillermo, que la hace una caricia despidiéndose.) ¿Hasta mañana?

GUI. Vendré á vestirme luego. Ahora voy al club. ¿Tú saldrás?

VIC. Si la tarde se sostiene, iremos camino de Rentería... ¿Quieres que te vayamos á buscar y volveremos temprano?

GUI. No, porque...

VIC. Como quieras. Saldremos alrededor de las cinco.

GUI. Si acaso, hasta luego. (Mutis Guillermo por la terraza.)

ESCENA IV

VICTORIA y PAQUITO

VIC. Paquito.

PAQ. (Dejando el sombrero que había cogido.) ¿Qué hay, hermana?

VIC. ¿Quién inventó esa fábula?

PAQ. ¿Cuál?

VIC. La del francés y la fábrica.

PAQ. Te aseguro...

VIC. Tú no eres bueno conmigo; si lo fueras te dolería el abandono en que me encuentro.

PAQ. Esa queja no es para mí.

VIC. También: tú podías ser un poco más afectuoso y con Guillermo un poco menos complaciente.

PAQ. Y tú un poco más razonable con todos.

VIC. Aún no hace seis años que me casé con Guillermo y ya casi va á hacer los seis...

PAQ. ¿Que estás arrepentida?

VIC. No; que estoy desengañada. Nuestra boda fué una equivocación.

PAQ. Empeñándose en lo novelesco, sí; aplicando á tu matrimonio el buen criterio que te sobra para lo demás, no.

VIC. ¿Es vida la que llevamos?

PAQ. No seas romántica: te disgustas y además eres ridícula. Razonablemente, ¿qué puedes pedir? ¿Tienes trabas en tus amistades ó en tus diversiones?

VIC. Ninguna.

PAQ. ¿Tienes salud?
VIC. Bastante.
PAQ ¿Tienes dinero?
VIC. Mucho.
PAQ ¿Tienes un marido que te respeta?
VIC. Demasiado.
PAQ. ¿Tienes un hijo sano y hermoso?
VIC. Es verdad.
PAQ. Bueno, pues échate á buscar por el mundo los que reunan mayores motivos que tú para llevar una existencia dichosa.
VIC. ¿No comprendes que haya algo íntimo, no satisfecho, que abrase como calentura?
PAQ. Yo comprendo muchas cosas íntimas y que dan muchísima calentura... pero dejo ya de explicármelas en el sagrado vínculo matrimonial. Los cónyuges—lenguaje técnico—se unen para crear una familia, para ayudarse recíprocamente, para estimarse, pero no he oído decir nunca que se unan para adorarse viviendo en continua y apasionada exaltación.
VIC. Debo ser feliz, ¿no es eso?
PAQ Ya lo eres, sólo que no lo sabes.
VIC. A fuerza de repetirlo quizás llegues á convencerme.
PAQ. El mundo está dividido en dos partes: una, la casa, el reino de las mujeres; otra, de puertas afuera, la república de los hombres. Mientras tengas respetos y autoridad en lo tuyo debes considerarte como señora y dueña, es decir en tu soberanía. Los sueños son perjudiciales; se duerme mal.
VIC Yo sueño despierta.
PAQ. Peor: los viajes de la fantasía tienen el inconveniente de la vuelta á la realidad. Se encuentra mezquino lo que nos rodea y andamos muy próximos á desear un cambio. Cuidado, hermana, los cambios á 36,50.
VIC. ¿Y mis ansias tampoco valen? ¡Qué mal camino llevamos!
PAQ. Déjate guiar un poco: no soy un gran moralista, pero práctico... me admitían sin examen en el puerto. Créeme, hermanita, no

tires demasiado de la cuerda. Convéncete de que Guillermo no es un arcángel y trátalo como á un hombre.

VIC. ¿Mal?

PAQ. Desdenes, setenta y cinco gramos; azúcar veinticinco gramos: mézclalos y tendrás un marido.

VIC. Si no fuera más que su carácter, tal vez.

PAQ. Epígrafe para otro capítulo: no enterarse de lo desagradable es prueba de muchísimo talento.

VIC. ¿Y cómo no he de enterarme si por callar me juzga tan ciega que ya aquí mismo me trae la vergüenza de sus cortejos?

PAQ. ¿Dentro de casa?

VIC. Sí.

PAQ. ¡Ah, pues en tu reino tienes razón absoluta!

VIC. Con miss Ketty.

PAQ. ¿Has visto algo?

VIC. La persigue.

PAQ. Eso tiene buen arreglo. Por sí ó por no, la plantas en la calle. Ya conoces mi lógica. De puertas adentro, reina, emperatriz, czarina... pero mira, para echar á una institutriz, no necesitas llorar.

VIC. Si no lloro.

PAQ. No es por falta de ganas; es que entre los ojos y las lágrimas hay ese pícaro velo de orgullo... Más vale así. Tú, sin la soberbia, serías perfecta, y eso es molesto en todos, pero en la familia es insoportable. A mí me encantan las mujeres defectuosas.

ESCENA V

DICHOS, MARQUÉS, por la izquierda

MARQ. ¿Qué hay, sobrinos?

PAQ. ¿Has dormido la siesta?

MARQ. Imposible: cavilando, cavilando...

PAQ. María Victoria, nuestro tío cavila, catástrofe segura.

VIC. ¿Y don Melchor?

MARQ. Ese duerme como un bendito.
PAQ. Cromwell es el huésped más cómodo que se ha inventado. En su cuarto leyendo ó en el jardín destrozando las flores.
VIC. Arreglándolas.
PAQ. Eso pensará él de sus ingertos, pero yo no quisiera ser rosal y caer en sus manos.
VIC. Es un santo.
PAQ. A los sesenta años... Ya me verás á mí; un anciano edificante.
VIC. Pero mientras...
MARQ. Y eso de figurarse que la vejez empieza á los sesenta años no se le ocurre más que á un majadero...
PAQ. Pido la palabra para rectificar.
MARQ. Es la edad madura, la plenitud de la inteligencia, el momento en que con mayor claridad se piensan las cosas.
PAQ. Sí, las cosas que no se hacen.
VIC. No pelearos.
PAQ. En algo nos hemos de entretener.
VIC. Voy á eso, Paquito.
PAQ. Sí, hija, sí. (Mutis Victoria por izquierda.)

ESCENA VI

PAQUITO, MARQUÉS

MARQ. ¿Qué es eso?
PAQ. Una medida de gobierno interior: echar á miss Ketty.
MARQ. ¿Por algún disgusto?
PAQ. Para evitar un gusto.
MARQ. Hombre...
PAQ. La encuentra demasiado guapa.
MARQ. Por ese motivo no debió entrar.
PAQ. Es que la belleza de las institutrices no la ven las señoras hasta después que la vió el marido.
MARQ. Eres un filósofo, Paquito, y un gran observador.
PAQ. Del precepto.
MARQ. ¿Cómo?

PAQ. Que me voy al Casino.

MARQ. (Deteniéndole.) ¿Tienes mucha prisa?

PAQ. La necesaria.

MARQ. ¡Qué manera de responder!... no acabo de enterarme.

PAQ. No puedo dar contestación más categórica.

MARQ. Lo corriente es contestar si ó no.

PAQ. Querido tío, responder si ó no es lo más difícil que hay en la conversación y lo más comprometido. Antes de saber lo que tú quieres decirme ¿cómo he de calcular yo si tengo prisa ó no la tengo?

MARQ. Lo natural es que no dependa de lo que yo diga, si no de tus ocupaciones.

PAQ. Al contrario: la prisa del que escucha depende siempre del interés del que habla. Yo voy á divertirme, me cuentas tus cavilosidades, pues claro que tengo prisa; pero quieres, por ejemplo, que te administre fondos...

MARQ. Es algo más serio aún.

PAQ. (Sentándose.) Ya estoy despistado completamente.

MARQ. Escúchame y te ruego que por un instante prescindas de tu... filosofía, recordando que eres mi sobrino y me debes consideración.

PAQ. Siempre debo algo.

MARQ. Escúchame y procura comprender la gravedad, la inmensa importancia de mis revelaciones. Hace dos años que murió la pobre Prudencia, tu pobre tía...

PAQ. Tu pobre mujer.

MARQ. Como ella no habrá otra... Ahora que pasamos la temporada de verano con Guillermo y María Victoria es cuando me pesa más la idea de encontrarme sólo contigo en nuestro caserón de Madrid.

PAQ. Ver diariamente un matrimonio peleando inclina mucho el ánimo á pensar en la vida de familia.

MARQ. Yo soy más prudente que Guillermo. No será menester que te pinte con mayores sombras nuestra situación.

PAQ. No, no pintes.

MARQ. ¿Comprendes bien hasta aquí? Este es el

origen de mis insomnios, esta soledad aterradora... He meditado serenamente el problema y sólo hallé un remedio: casarme con una mujer buena.

PAQ. (Entre dientes.) O con dos medianas.

MARQ. ¿Cómo? Para mí ha de ser una compañera; para tí mismo, una ventaja el orden que imprimirá á la casa.

PAQ. Por mí no te apresures...

MARQ. Estoy decidido.

PAQ Cásate. Ya sabes que á los viudos no se les regala nuevamente.

MARQ. Ya lo sé.

PAQ. Pues salvado este punto no encuentro dificultad para el matrimonio.

MARQ. Tú eres la dificultad.

PAQ. ¿Yo?

MARQ La persona elegida por sus condiciones, la que mitigará mis tristezas, la futura Marquesa de Monteclaro, vizcondesa de Umbrosa...

PAQ. Etcétera, etcétera.

MARQ. Es Eugenia.

PAQ. Mi viuda.

MARQ. Hasta hoy pudo ser disculpable tu galantería, pero conociendo ya mis intenciones...

PAQ. ¿Y las suyas?

MARQ. Me parece que habrá de halagarle ser Marquesa de...

PAQ. Etcétera.

MARQ. ¿No piensas tú lo mismo?

PAQ. Yo creo que la cuestión está en saber lo que piensa ella.

MARQ. Eso déjalo de mi cuenta. Ahora, lo que importa por las conveniencias sociales y por nuestro decoro, es que no entablemos tú y yo una lucha incorrecta.

PAQ. También podría arreglarse desistiendo tú...

MARQ. Esto es muy serio.

PAQ. Retírate seriamente.

MARQ. Sobrino...

PAQ. Espero al menos que celebraréis la boda en una ciudad grande.

MARQ. ¿Qué más da?

PAQ. En los pueblos pequeños contribuiríais rápidamente á crear un conjunto filarmónico y en música las improvisaciones...

MARQ. ¿Por qué motivo?

PAQ. Ella viuda y tú viudo... Piénsalo.

MARQ. Puedes considerarlo como un hecho.

PAQ. Como un deshecho, tío.

MARQ. Paquito, desde hoy esa señora es para tí sagrada.

PAQ. Ya lo era antes.

MARQ. Porque ella no te dió pie.

PAQ. ¿Y te parece poca razón para estas cosas el que ella no quiera?

MARQ. Esa es la garantía de mi acierto; saber que rechaza á todos. A nadie primero que á tí he participado mi resolución; es una prueba de confianza, y calculo que tu conducta responderá al cariño que te demostré siempre.

PAQ. (May serio.) ¿Va de veras, tío?

MARQ. Eugenia realiza mi aspiración, pero si tú te interpones...

PAQ. Me gustaba... y nada más; dejarla en paz no es sacrificio; pero aunque estuviese interesado por ella, mostrando tú tanto empeño, ya está dicho todo por mi parte.

MARQ. (Enternecido.) Sobrino...

PAQ. Tu sobrino es un poco tarambana, pero aún conserva intacto el recuerdo de tu casa y de vuestras bondades, cuando mi hermana y yo nos quedamos solos en el mundo.

MARQ. (Abrazándole.) ¡Sobrino!

PAQ. Nos enternecemos, tío, y es malsano. Me voy al Casino.

MARQ. A propósito de Casino; mil pesetillas no vienen mal nunca...

PAQ Guarda la cartera. No sé qué diablo de fibra ñoña me conmueve en este momento.. guárdate la cartera, (Festivo.) y no digas a nadie que desprecié mil pesetas... me desacreditabas, tío.

MARQ. Eres muy bueno, Paquito.

PAQ. (Escapando.) Vaya, vaya.

ESCENA VII

DICHOS, EUGENIA, por la terraza. CRIADO que le acompaña y sigue por la izquierda. Paquito se detiene y hace un saludo profundo y serio

EUG. ¿Qué saludo es ese, Paquito?

PAQ El Marqués de Monteclaro, vizconde de Umbrosa, señor de..

EUG. Sí, sí...

PAQ. Le explicará á usted, Eugenia, por qué me inclino tanto y tan respetuoso cuando usted pasa ante mí. (Mutis Paquito por la terraza. Eugenia queda un momento mirando á Paquito alejarse y luego al Marqués.)

ESCENA VIII

EUGENIA y MARQUÉS

EUG. Venga esa explicación, Marqués.

MARQ. ¿Usted la autoriza?

EUG. No habrá peligro en oirlo.

MARQ. La molestia de escucharla. Un minuto, Eugenia.

EUG. (Sentándose.) Los que usted quiera. ¿No está María Victoria?

MARQ. Sí.

EUG. Entonces aún soy yo la agradecida por su conversación.

MARQ. (Pausa.) ¿Usted conoce perfectamente la soledad?

EUG. ¿Qué Soledad?

MARQ. La de estar solo.

EUG. Y también conozco la otra, que es peor. La de estar mal acompañada.

MARQ. ¿Esto lo ha pensado usted ahora, Eugenia?

EUG. No, Marqués; antes.

MARQ Gracias.

EUG. Pero estoy convencida de que es muy raro encontrar una amistad verdadera.

MARQ. ¿Entre mujeres?

EUG. No sea usted exagerado... entre mujer y hombre: pero las mujeres debemos tener hechuras de cuerpo... colegislador.

MARQ. ¿Por lo que ustedes mandan?

EUG. Por los proyectos que ustedes se creen obligados á presentarnos.

MARQ. Queda la facultad de no admitirlos.

EUG. Si se admitiesen todos, no sé que país los resistiría... A las viudas, especialmente, nos consideran como cámaras disueltas, y á pesar de lo desacreditado que está el régimen, la nación entera nos pide nuevas elecciones.

MARQ. A cada distrito le conviene un representante.

EUG. A cada representante le conviene su distrito.

MARQ. ¿Desconfiada?

EUG. Prevenida.

MARQ. ¿Confío en que esas prevenciones tampoco las pensará usted ahora?

EUG. Ahora no pienso nada; me limito á contestar, charlando.

MARQ. Es que charlando yo no me atrevo á explicar el saludo de Paquito.

EUG. ¿Le complace á usted una cara grave?

MARQ. Si refleja un instante de atención, será un favor más.

EUG. Para favor es poco.

MARQ. (Pausa.) Yo deseaba una entrevista con usted, pero quizás sea de buen augurio esta ocasión que se presenta natural. Hablábamos Paquito y yo de lo que más me interesa hoy, de usted, Eugenia.

EUG. ¿Candidatura independiente?

MARQ. Oficial. ¿Quiere usted oir el programa?

EUG. Oir es mi promesa.

MARQ. Paquito y yo vivimos juntos, pero desaparecida mi pobre Prudencia y casada María Victoria, nuestro palacio de Madrid es muy grande para nosotros, es muy triste para los dos solos, y los dos hemos creído que una mujer parecida á usted...

EUG. Marqués...

MARQ. No puedo insistir en el encanto que usted llevaría... Siempre son iguales las pasiones, pero los impulsos exteriores tienen que estar en armonía con los aspectos; un muchacho puede convencer con arranques impetuosos, con frases apasionadas... y un hombre ya maduro no puede amar sino prodigando respetos, atenciones, delicadezas... ¿Quiere usted aceptar el homenaje respetuoso?

EUG. (Interrumpiéndole.) Mi querido Marqués... si yo tuviera propósito de volver á casarme, ninguna indicación acogería más gustosa, ni me honraría tanto como la suya.

MARQ. Pero...

EUG. Sí, hay un pero; el único.

MARQ. (Meditando.) Paciencia.

EUG. Comprendo que es poco razonable en mí rechazar una oferta tan halagüeña... (Pausa.) pero usted también comprenderá que... (Pausa.) que...

MARQ. Pobre Paquito...

EUG. ¿Hablaba usted en nombre de Paquito?

MARQ. Naturalmente. Yo, Eugenia, he descontado ya el enamorar por mi propia cuenta.

EUG. ¡Ah!... pues entonces, hágame usted el favor de decirle...

MARQ. (Con ansia) ¿Qué, qué le digo?

EUG. (Con calma.) Que le estimo de veras su amabilísima indicación...

MARQ. ¡Eugenia!

EUG. Pero que no pienso casarme, y por eso...

MARQ. (Suspirando profundamente.) Tendré el sentimiento de comunicárselo.

EUG. Y espero que no se enfriarán nuestras relaciones amistosas: yo no les desairo á ustedes.

MARQ. A Paquito.

EUG. A Paquito, sí. Es sencillamente que deseo conservar mi libertad.

MARQ. Nada más natural ni más sensible.

ESCENA IX

DICHOS, JUAN por la terraza

JUAN Eugenia, buenas tardes.

EUG. Buenas tardes, Conde. (Juan y el Marqués se saludan afectuosamente.)

JUAN Hablaban ustedes de algo...

EUG. De nada.

MARQ. O por lo menos en eso hemos quedado.

EUG. Ayer recibí su tarjeta... su disculpa. Lleva usted mes y medio en San Sebastián y aun no se le ha ocurrido ir una mañana á pedirme de almorzar... Venga usted esta noche... á las nueve: si usted quiere acompañarnos, Marqués... Tengo deseos de oir contar novedades, y después de cinco años de ausencia traerá usted repuesto de historias.

JUAN Pocas.

EUG. ¿Que se puedan contar?

JUAN Con detalles, no diré, pero en junto... Estuve cuatro años largos adorando á las yankes, de Secretario segundo, y en Octubre volveré á adorar á las yankes, de Secretario primero.

EUG. No habrá más diferencia que la categoría de usted.

JUAN Y probablemente la de ellas.

EUG. Un motivo más para felicitarle por el ascenso. De sobremesa será usted algo más esplícito.

JUAN Yo le prometo á usted las respuestas.

EUG. Gracias.

JUAN Y usted escoja á su gusto las preguntas.

EUG. Retiro las gracias: no me conviene ese trato.

JUAN Ya haremos otro que á usted le satisfaga.

MARQ. Ayer estuviste en Hernani.

JUAN Fuimos con Galíndez á probar un caballo de Antoñito Casa Rodríguez.

MARQ. ¿El ruano? Es muy hermoso y trota muy largo.

JUAN ¿Por qué lo vende?

MARQ. Porque da patadas.

JUAN Por esa razón, y á ser posible cambiar los papeles, también el caballo vendería á Casa Rodríguez.

EUG. Es muy impertinente.

JUAN Juega al *foot-ball* con la buena crianza.

MARQ. No tanto. Tiene muchos enemigos, por los gastos locos con que arruina á los que le disputan la supremacía del buen tono; pero es distinguido, elegante...

EUG. Vice elegante nada más.

MARQ. Yo le considero digno de toda alabanza porque vertió su sangre defendiendo el pabellón nacional.

EUG. (Sorprendida.) ¿Es militar?

MARQ. ¡Qué militar ni qué... automovilista: ochenta á la hora!

JUAN Admirable, tío.

EUG. Admirabilísimo, Marqués.

MARQ. Hay que conocer á las personas para juzgarlas. En la carrera París-Madrid, antes de consentir que venciese un extranjero, adelantó las chispas á riesgo de reventar el motor y volar por los aires.

EUG. ¿Y voló?

MARQ. Al revés, cayó por un talud, pero afortunadamente no se estropeó el coche ni hubo que lamentar más que una pequeña dislocación del hombro izquierdo.

JUAN Y el *chauffeur* que lo recogieron en pedazos.

MARQ. Pero *chauffeur* ya tomó otro.

EUG. Entonces no tuvo importancia el accidente.

JUAN Ninguna.

MARQ. A no ocurrirle en el acto ese tropiezo...

JUAN Le resta el consuelo de que se suspendió la carrera.

MARQ. Esa fué una arbitrariedad del gobierno.

EUG. ¿Francés?

MARQ. Y del de España. ¿Con qué derecho se priva al pueblo de una diversión anunciada, se lesionan los intereses del comercio y de la industria?

JUAN Conformes. Esa suspensión debió causar una pérdida enorme... á las funerarias.

MARQ. Pues con todo eso yo sigo declarando que á Antoñito Casa Rodríguez le quiero bien.
JUAN Por todos esos conceptos que hemos dicho, lo merece.
EUG. Y además, tiene vocación de Tenorio.
JUAN Irresistible, según sus admiradores.
EUG. Su especialidad son las casaditas jóvenes: todas lo padecen.
JUAN Es el sarampión de las casadas.
EUG. Sí, pero muy benigno.
MARQ. ¿No habrán avisado á María Victoria? (Mutis Marqués por izquierda.)

ESCENA X

EUGENIA y JUAN

EUG. Guillermo no estará en casa.
JUAN La acompaña poco.
EUG. Sí, poco.
JUAN Quisiera equivocarme...
EUG. Eso es que cree usted haber acertado. ¿En qué?
JUAN No estoy muy convencido de que Guillermo realice el ideal de María Victoria.
EUG. ¿El de soltera? No. El de casada, sí. Ya sabe usted que son muy distintas las aptitudes que se requieren para cargos tan diferentes.
JUAN No hago más que figurármelas.
EUG. Se llevan muy bien.
JUAN Eso me han dicho, que no se ven nunca.
EUG. Y hace poco heredó más del doble de lo que ya tenía.
JUAN Entonces, lo que llevan bien son las herencias.
EUG. Es una bonita fortuna.
JUAN ¿Y qué tal viven?
EUG. ¿No lo ve usted mismo?
JUAN ¿Son felices?
EUG. ¿Usted no los ve? Muchísimo.
JUAN Dicen...
EUG. No se puede hacer caso de lo que digan.
JUAN Pues yo á usted la creo.

EUG. Tengo motivos para saberlo.
JUAN Y amistad sobrada para callarlo.
EUG. ¿A usted le agradaría quizás que hubiese discusiones graves entre el matrimonio?
JUAN ¿Me permite usted invocar mi palabra? Le juro á usted honradamente que les deseo, y si estuviese en mi mano, les daría toda la felicidad.
EUG. ¿Como la entiende Guillermo?
JUAN No, no tanto; como la entienda María Victoria.
EUG. Así, aún es más leal ese juramento,

ESCENA XI

DICHOS, MARÍA VICTORIA y MELCHOR, por la izquierda

VIC. Perdona, Eugenia. Juan... (Afectuosa y natural. Melchor y Juan se saludan; luego Melchor á Eugenia.)
EUG. ¿Quieres que salgamos?
VIC. Te lo decía en mi carta. ¿No vienes del hotel?
EUG. Fuí á escoger unos sombreros de madame Blanche.
VIC. Te escribí que saldríamos juntas y luego comerías aquí para irnos al Casino.
EUG. No puedo, por mi convidado.
VIC. Juan es de casa, y siempre tiene un sitio en la mesa.
EUG. ¿Le parece á usted bien, conde?
JUAN Perfectamente.
EUG. Y mañana le aguardo á usted en el Inglés.
VIC. ¿Te vas?
EUG. Si no he de volver al hotel hasta las doce ó la una, un *brin de toilette* es indispensable. (A Juan y Melchor.) No me despido.
VIC. (Acompañándola.) He mandado que enganchen el *break*, por si ustedes son tan amables que nos acompañan. El tío vendrá también; yendo tú...
EUG. Te he de contar una cosa del Marqués.
JUAN ¿Una aventura?

EUG. Una carambola.
VIC. ¿Contigo?
EUG. Y con Paquito.
JUAN A ver... (Eugenia hace un gesto, coge del brazo á Victoria y salen juntas por la terraza.)
MEL. Nos quedamos sin saberlo.
JUAN Descuide usted; nos lo contarán en secreto.

ESCENA XII

MELCHOR y JUAN

JUAN ¿Y esa salud, don Melchor?
MEL. Por lo mediano.
JUAN Hay que desechar esas tristezas.
MEL. Más que triste, estoy desorientado. Paso el verano con María Victoria y Guillermo, los inviernos en el Casino, y entre todo aquel lujoso mobiliario y el espléndido hotel de estos muchachos, no hay una butaca donde pueda leer cómodamente los periódicos.
JUAN Me consta que á usted le aprecian mucho, y si en Madrid no vive usted con ellos...
MEL. Porque me niego, cierto. María Victoria es buenísima.
JUAN ¿Y Guillermo?
MEL. ¿Guillermo? Sí... también. Yo soy rico... dispense usted la puerilidad de decirlo... pero se me olvidó tener una casa, un hogar, y ahora todo el dinero no me sirve para compensar aquel error; el hombre no se basta á sí solo. Con salud, hay mucho horizonte y es muy grata la libertad; á mis años, y con mis achaques, se modifican las ideas. Cásese usted, Juan.
JUAN Hay tiempo.
MEL. Eso pensé yo; y no lo hay, amigo mío, no lo hay. Aquí me tiene usted suspirando porque llegue el verano y me conviden á vivir con ellos, preocupándome con sus asuntos, mirando al Guillermito como á un nieto, y siempre temeroso de que consideren excesi-

va mi intervención y tenga que marcharme. Mientras vivió la Marquesa, menos mal, contento; pero al morir ella y deshacerse la casa, no sé qué hacer de mi vida. Cásese usted, Juan.

JUAN No es mi vocación... cuando lo fué, no debía ser mi destino.

MEL. El día de mañana le pesará á usted no haberlo hecho.

JUAN Quizás sea preferible esa pesadumbre á la de encontrarse ligado y aborrecido como...

MEL. ¿Como quién?

JUAN No recuerdo ningún caso concreto.. ¿Ni usted tampoco, don Melchor?

MEL. Tampoco, Juan.

ESCENA XIII

DICHOS, CRIADO por la izquierda

CRIADO Don Melchor... la Miss Ketty, que si tiene usted la bondad de ir...

MEL. Voy. (Mutis el Criado.) Es la primera vez que me alegro de que interrumpan, hablando con usted... Ibamos muy lejos..

JUAN Y descaminados...

MEL. ¿Descaminados?... Con su permisó, Juan. Un momento. (Mutis don Melchor.)

ESCENA XIV

JUAN, luego VICTORIA por la terraza. Juan queda pensativo; entra Victoria y le mira á través de los cristales, parada. Pausa. Toca suavemente en los cristales, Juan mira y un instante permanecen inmóviles. Entra Victoria y él se acerca

VIC. ¿Te dejaron? ¿Por qué no bajaste al jardín? ¿Estás de mal humor?

JUAN Pronto hará seis años, en Septiembre, que no nos hemos visto como ahora... á solas.

VIC. A solas ó con gente, ¿qué más da? (Pausa.) Siéntate.

JUAN Después de tanto tiempo sin verte, cuando el mes pasado vine á San Sebastián, ví con gusto que sigues casi como antes.

VIC. ¿Casi?

JUAN Es de presumir que haya habido alguna variación, pero yo no la puedo apreciar. No estás cambiada.

VIC. Y mucho.

JUAN Hablo físicamente. Y me lo explico: la vida conyugal embellece... Deben ser tantas las satisfacciones en esa dulce intimidad de dos seres que han nacido el uno para el otro y tuvieron la suerte de encontrarse... ¿Seréis muy dichosos?

VIC. (Secamente.) Sí.

JUAN ¿Serás adorada como mereces?

VIC. No sé bien cómo te figuras lo que merezco.

JUAN ¿Y tú corresponderás?

VIC. Es mi deber.

JUAN Y tu inclinación.

VIC. Las dos razones.

JUAN Era de esperar.

VIC. (Pausa.) ¿Y á tí qué tal te fué?

JUAN Cada vez más satisfecho.

VIC. ¿De haberte marchado?

JUAN De no estar aquí. Fíjate y verás que es muy distinto.

VIC. Tú sí que has variado.

JUAN Y sin esfuerzo. El tiempo que pasó, correr mundo, aprovechar las alegrías fáciles y aquí tienes un hombre que se asemeja algo, pero muy poco ya, al Conde de Sierraquebrada aquél. Vengo muy cambiado, pero así y todo me sorprendió á mí mismo la indiferencia conque pisé este suelo.

VIC. ¿De España?

JUAN De tu casa. Esta despreocupación en lo que yo esperaba que me preocupase al verte, me demuestra cuánto he perfeccionado el espíritu de asimilación.

VIC. ¿Coges lo bueno?

JUAN Lo dejo.

VIC. Mal hecho.

JUAN Se atravesó Guillermo.

VIC. Juan...

JUAN En Nueva York he vivido cuatro años: allí hay libertad de cultos y como yo me amoldo tanto al sitio en que estoy he vuelto sin culto ninguno.

VIC. ¿Ateo?

JUAN Sin culto en lo profano. Tú me recibiste con la franqueza de parientes y esto nos permite encontrarnos hoy en la situación deliciosa de dos conocidos antiguos que pueden hablarse libremente sin proyectos futuros ni rescoldos pasados. Nos vemos y charlamos un rato: no nos vemos y no charlamos. Eso es todo entre la señora de Urbiza y el Conde de Sierraquebrada.

VIC. Que pueden llamarse como siempre.

JUAN María Victoria.

VIC. Juan.

JUAN Cuando pienso que quise echarlo por la tremenda y matar á Guillermo, que ahora seguramente será un apreciabilísimo marido, yo mismo me río de aquellos arranques trágicos. Realmente hubiera sido una chiquillada desbaratarte tan buena proporción... Por fortuna tropecé con un amigo verdadero que supo convencerme... Si me dejaban era porque no me querían y de no quererme salía yo ganando conque hubiesen cometido antes la traición.

VIC. Eso era un juicio indigno.

JUAN Lo reconozco; pero me sirvió en aquel momento

VIC. Me creíste capaz...

JUAN De abandonarme y casarte con otro, de nada más, verdad que éramos solteros...

VIC. Yo pensé que habías perdonado.

JUAN Más aún, olvidado.

VIC. No hablemos de esto, pues. Cuéntame qué has hecho.

JUAN Divertirme.

VIC. Ya es algo.

JUAN Desde que no te quiero, ó desde que tú no

me quieres, que al fin y al cabo puede que sea una misma cosa dicha de dos maneras, estoy locamente enamorado.

VIC. ¿De quién?

JUAN No lo sé. Ayer de una Fuller auténtica; mañana de una costurerilla.

VIC. O de una princesa.

JUAN Las que no son muy severas están ya todas distribuídas. De cualquiera que sea guapa y amable La mayor locura consiste en estrellarse contra el cariño de una mujer que nos parece única.

VIC. Queriéndote ella también

JUAN Eso es el abismo. Hay quien habla de amor á uno el mismo día que entrega su mano á otro... Nada de pasiones: es más práctico decir... «Mira, mil duros tengo, ¿quieres que nos amemos eternamente?» Y cuando se acaban los mil duros se le dice: «Nuestra eternidad se acabó...» Y si la conquista es yankee, responde *yes*; si es francesa, *au sevoir moncheri*; si es española, llora... pero las tres vuelan á consolarse buscando otra eternidad parecida, y si por azar las encuentras después, aun tienen para tí una sonrisa, y tal vez un favor.

VIC. Sin embargo, los periódicos dijeron que te casabas con una de Chicago.

JUAN Anduvimos cerca. Llegamos á estar de acuerdo en todo menos en la fecha de celebración del matrimonio, y por esa pequeña desavenencia sigo sin casarme todavía. Ella me dijo que en Octubre, y yo también quería en Octubre.

VIC. ¿Y entonces?

JUAN Coincidimos en el mes, pero no el año.

VIC. ¿Era guapa esa Miss Ellén?

JUAN Encantadora; hija de un minero.

VIC. ¿Rico?

JUAN En la América del Norte todos son ricos, y el que no lo es, no cuenta.

VIC. ¿Y por qué reñiste con ella?

JUAN La dejé sin reñir.

VIC. ¿Pero por qué la dejaste? Que las yankees, por una corona...

JUAN Porque fuí á divertirme y no á venderme.

VIC. Con ese afán de diversión pasarían rápidos los años.

JUAN Tuve que volver un par de meses.

VIC. Ya lo supe.

JUAN Precisamente cuando estaba más intrigado por una virtud inaccesible.

VIC. ¿Encontraste virtud?

JUAN Los secretarios de embajada encontramos muchas, los embajadores bastantes menos y los banqueros...

VIC. ¿Ninguna?

JUAN Es posible... pero yo no he oído contarlo. Volví á recoger una herencia de un primo de mi padre, y al cobrar los veinte mil duros, decidí disfrutarlos en grande. Me sentí Príncipe de ida y vuelta, y á Nueva York con mis cuartos. Le entregué un cheque de seis mil dollars á la virtud inexorable que adoraba entonces, y naturalmente nos fuimos á gastar el resto viajando. En el Ministerio han debido suponer que no necesitaba el destino... y me ascendieron á primer secretario. Antes de tomar posesión vine á dar las gracias, no sé á quién, porque el ministro ya cambió, y mientras lo averiguo, aquí me tienen en San Sebastián de Príncipe dimisionario. ¡Qué año y medio!.. ¡Un hombre con dinero es invencible!

VIC. No se venden todas por seis mil duros.

JUAN Claro; á ese precio habría pocos compradores, y hay mucha mercancía.

VIC. Algunas por todo el oro de la tierra.

JUAN Si yo tuviese los millones de tu marido, tal vez hubiera comprado ya alguna mujer de esas que creen que no se venden.

VIC. (Triste.) ¿Vienes á insultarme, Juan?

JUAN Es una desdicha, María Victoria, que el recuerdo de tu propia acción te parezca siempre un insulto.

VIC. Tú no tienes derecho para decirlo.

JUAN Cierto: de la humanidad entera yo soy el único excluído, porque yo soy el único lastimado. Si eres dichosa en tu matrimonio,

mis palabras tienen que dolerte porque te acusan de egoísta, y si eres desgraciada...

VIC. No lo soy.

JUAN Te felicito; y como no vengo á mendigar tu cariño, me alegro yo también de vuestra dicha. (Levantándose.)

VIC. Adiós, Juan.

JUAN A tus pies, María Victoria.

VIC. Te deseo mucha suerte en el porvenir.

JUAN Yo me conformo con que la tenga en el presente.

VIC. (Dándole la mano.) Amigos, ¿verdad?

JUAN Amigos. Ahora comprenderás que aquellas pequeñas infidelidades mías no empañaban nuestro cielo.

VIC. Después de todo, entre nosotros...

JUAN Tienes razón; no hubo nada. Algún furtivo apretón de manos; alguna vez, al despedirme para mis viajes... (Deteniéndose ante un gesto de ella.) Nada. Hoy que ya eres una mujer casada, comprendes sobradamente que el amor que no se materializa no es lazo que ligue para toda la vida, y comprenderás que aquel Juan tan censurado, no debía ser muy libertino ó debía quererte mucho, cuando te respetaba tanto.

VIC. (Levantándose rápidamente.) Adiós, Juan.

JUAN (Muy pausado y muy grave.) A tus pies, María Victoria. (Victoria se dirige á la derecha lentamente; antes de llegar á la puerta queda inmóvil, de espaldas á Juan, que sale por la terraza.)

ESCENA XV

VICTORIA, GUILLERMO por la derecha

GUI. (Bruscamente.) Oye, Victoria. Me ha dicho Miss Ketty que la despediste.

VIC. (Despertando asombrada: con calma luego y después de un gesto de disgusto) ¿Ya te lo ha dicho?

GUI. ¿Qué ha pasado?

VIC. El niño va siendo muy crecido, y prefiero un preceptor á una Miss.

GUI. ¿Y el preceptor?
VIC. Escribiremos á Alemania.
GUI. En tanto que el preceptor no llega, es preciso rogarle á Miss Ketty que continúe al cuidado del niño.
VIC. Me mortifica verla.
GUI. ¿Por qué?
VIC. Por tí.
GUI. ¿Me haces el honor de estar celosa?
VIC. No.
GUI. La Miss se queda.
VIC. No.
GUI. Sí.
VIC. ¡Guillermo!
GUI. Victoria... Miss Ketty continúa aquí hasta que llegue el preceptor. (Toca un timbre de pared.)
VIC. ¿Tú lo mandas?
GUI. Confío en que lo mandarás tú.
VIC. ¿Yo? Suplicarle yo á una...

ESCENA XVI

DICHOS, CRIADO por la izquierda

GUI. (Después de esperar á que hable Victoria y al gesto desdeñoso con que ella se niega.) Dígale usted á Miss Ketty que la señora le suplica que se quede unos días. (Mutis Criado.)

ESCENA XVII

DICHOS, menos CRIADO

GUI. Supongo que en este asunto no me obligarás á intervenir nuevamente.
VIC. No lo sé.
GUI. Debo esperar que tengas el buen gusto de evitarnos conversaciones desagradables.
VIC. Cometo la torpeza de no considerarte como á un extraño, pero ya lo iré consiguiendo: tú me empujas.

GUI. Haz lo que te parezca.

VIC. Echar á la Miss.

GUI. No. Se revelaría probablemente; corres el riesgo de no imitar más que una riña de plazuela.

VIC. ¡Guillermo!

GUI. (Poniéndole la mano en el hombro, amenazador.) Y además de olvidar lo que te debes á tí misma... (Victoria le quita la mano del hombro.) ¿Te hago daño?

VIC. No: pero hoy continúa siendo de mal tono accionar demasiado.

GUI. Terminaremos pues. Piensa mejor lo que has de hacer, y si por tu culpa hay un disgusto, no te quejes luego.

VIC. ¿De qué serías capaz?

GUI. Calcula hasta dónde vas á llegar tú, y de ahí aún pasaré yo. (Cada uno marcha por un lado.)

TELON

ACTO TERCERO

La misma decoración del segundo. De noche. Melchor y Marqués, sentados cómodamente á la derecha. En la terraza, también iluminada, están: á la izquierda, Victoria, Eugenia, Mirbel y su señora, sentados; al fondo, apoyados en la baranda y de espaldas al público, Juan, Patrocinio y Paquito. Al levantarse el telón, un Criado sirve licores en la terraza; viene después á escena, ofreciéndolos al Marqués y Melchor.

ESCENA PRIMERA

MARQUÉS, MELCHOR y CRIADO

MARQ. ¿Usted quiere, don Melchor? (El Criado entra de nuevo en la terraza, deja la bandeja sobre una mesita y vuelve á cruzar desapareciendo por izquierda.) Yo me quedo aquí. Le tengo miedo al relente. Estas noches tan claras y tan despejadas son tremendas.

MEL. Ya lo creo.

MARQ. Aun paseando... pero sentados... Esta es la pícara vida. Ya ve usted que se reduce á poco. Comer bien y bicarbonato luego; dormirse á todas horas y espabilarse en cuanto uno se mete en la cama; á paseo un rato y ración de vista; otro rato muy largo al Casino, murmurando de los que se divierten, y catarros y reumas... Don Melchor, ¿se duerme usted?

MEL. No, Marqués, medito.

MARQ. ¿No es exacto? ..

MEL. Exactísimo: yo también pienso probarlo.

MARQ. ¿El qué?

MEL. ¿No decía usted que para el reuma es muy bueno?...

MARQ. No, hombre, no; hablaba de la vejez.

MEL. Muy amarga... y yo no tengo queja. He encontrado esta sombra de familia y esta casa...

MARQ. Y qué cocinero tienen, ¡caramba!... He de pedirle la receta de ese puding. Mire usted que la comida de hoy... si no fuese por tener que digerirla, era una monada.

MEL. Guillermo es muy exigente en la mesa.

MARQ. Pues no me explico que falte de su casa á esas horas.

MEL. Son muchas las cosas de Guillermo difíciles de explicar.

MARQ. El es muy correcto.

MEL. Muchísimo.

MARQ. Yo puedo decir que no llega un primero de mes sin que á las once en punto de la mañana no esté llamando su administrador á mi puerta.

MEL. Bajo ese aspecto, sí

MARQ. Lo estimo de los más esenciales.

MEL. Convenido, Marqués; pero aun queda algo.

MARQ. Que podía ser más asiduo y el temperamento más dúctil... pero esos ya son tiquis miquis.

MEL. Realmente para tratar con su administrador no es de gran importancia el genio de Guillermo, pero viviendo con él...

MARQ. ¿Alude usted á las relaciones de marido y mujer? Para juzgarle no idealicemos.

MEL. No es fácil.

MARQ. Seamos prácticos, don Melchor. La inmensa mayoría de los matrimonios pasan dos años en que el marido adelgaza, dos en que se repone y dos en que se eclipsa del domicilio; ó sean, dos años en que van siempre juntos, dos en que la mujer le manda recado al Club y el marido baja presuroso para que ella no se impaciente, y los otros dos,

en que la mujer se cansa de esperar, marchándose al fin sola, y luego hay reconvenciones y disculpas. Esto es lo que los tratadistas llaman período constituyente. Después transigen ambos, y empieza á funcionar de un modo tranquilo y definitivo la sociedad conyugal.

MEL En la más perfecta indiferencia.

MARQ. En paz.

MEL. Ni la mujer se entera ni al marido le importa.

MARQ. ¿Se vuelve usted romántico? Pues bien, mis sobrinos atraviesan ahora el período constituyente. Yo no sostengo que esto sea lo mejor, pero es tan humano el cansancio matrimonial que resulta lógico.

MEL. ¿Para el marido?

MARQ. Claro está: yo hablo siempre bajo el punto de vista social... de los hombres. La mujer tan absurdamente buena como María Victoria ó con la inverosímil coquetería de esa viudita..

MEL. ¿Eugenia?

MARQ. No es más que un accesorio.

MEL. Imprescindible.

MARQ. Imprescindible es vestirse, por ejemplo, y los higienistas aconsejan que se cambie de traje con frecuencia.

MEL. Eso es filosofía.

MARQ. Mundo. No se preocupe usted de esas peleas entre María Victoria y Guillermo; á la vuelta de un año, desconocidos.

MEL. Pero mientras, es una pena.

MARQ. Si yo estoy sumamente contrariado con ellos; enterar á todos de sus desaveniencias.

MEL. Es un dolor, Marqués.

MARQ. Una cursilería. Si tienen disgustos, que los tengan, pero que los oculten... Pensar que son mis sobrinos...

MEL. Sí, eso es lo grave.

MARQ. Una Monteclaro, una Umbrosa...

MEL. Es menester atenuar algo la contrariedad de usted, querido Marqués; están en período constituyente.

ESCENA II

DICHOS y PAQUITO

PAQ. (Entra de la terraza y coge unos gemelos.) Voy á enseñarle á Patro un vapor.
MARQ. ¿Pasa alguno?
PAQ. Ninguno.
MEL. ¿Entonces qué va á ver Patrocinio?
PAQ. Nada, pero mientras lo busca se distrae. A las visitas hay que entretenerlas.
MEL. No te burles de esa pobre muchacha.
PAQ. Si es que ya no sé qué decirle; están aquí desde las ocho. (Mutis por la terraza; Mira Patrocinio con los gemelos, y luego Victoria y los otros se acercan á mirar también.)

ESCENA III

MARQUÉS y MELCHOR

MARQ. ¿Hubo carta hoy?
MEL. ¿De Guillermo? No.
MARQ. Le envidio el genio. Es un carácter. Hace cuatro días que se fué en su automóvil, y ni un telegrama, ni dos líneas; cuando se le ocurra vuelve, y asunto concluído Si es lo natural, y el verdadero principio de libertad es ese... Lo que admiro de Guillermo, no es la ausencia...
MEL. Yo sí que le admiro á usted, querido Marqués.
MARQ. No merezco...
MEL. Seguramente no se ha enterado usted en toda su vida sino de que usted vive.
MARQ. ¿Por qué me dice usted eso?
MEL. Por sostener la conversación.
MARQ. ¿Llamándome egoísta?
MEL. Es que si no se lo llaman, morirá usted sin saber que lo ha sido.

MARQ. Hágame ústed el favor de explicar esos conceptos un poco, un poco...

MEL. Usted vive aquí; tiene usted su cubierto en la mesa.

MARQ. Como usted.

MEL. Y estando la habitación arreglada, la comida pronta y las caras risueñas, á usted no le intriga que seamos cuatro en lugar de cinco. La casa marcha igual y eso es lo sagrado, lo santo es la apariencia, y si hay resaca, si hay mar de fondo, á usted no le altera porque á usted no le alcanza.

MARQ. Falta Guillermo, ya lo noto, pero no vamos á correr detrás del Panhard.

MEL. Está en San Sebastián.

MARQ. No lo creo.

MEL. No se trata de si usted lo cree ó deja de creerlo, si no de evitar el conflicto.

MARQ. ¿Qué conflicto?

MEL. ¿Usted no se ha enterado de que María Victoria despidió á miss Ketty?

MARQ. ¿No he de saberlo, si hace cuatro días ya?

MEL. Y hace cuatro días que falta Guillermo.

MARQ. Una coincidencia. ¿Y eso qué tiene que ver?

MEL. No sé lo que tendrá que ver, pero Guillermo está con miss Ketty.

MARQ. Qué suerte de hombre... Ya sospechaba yo...

MEL. Ahora nuestra obligación es salvar á María Victoria de la catástrofe.

MARQ. Yo no puedo intervenir.

MEL. Usted es el pariente más autorizado. Cada día que pasa se agrava la situación. Hoy mismo he sabido las señas del sitio dónde se esconden y hoy iremos á buscarle.

MARQ. Mañana á primera hora.

MEL. Cuanto antes.

MARQ. Quizás conviniera aconsejarse...

MEL. Dando tiempo será mucho más difícil nuestra misión y si llega á marcharse de San Sebastián, si renuncia á la mujer y al hijo, si no le amedrenta el escándalo, es muy posible que se olvide de los tíos y demás parientes.

MARQ. ¿Cómo? ¿Abandonar á la familia? No se lo

podemos consentir... Vamos, don Melchor, vamos. No faltaba más. Abandonar la familia...

ESCENA IV

DICHOS. EUGENIA (de la terraza)

EUG. No son ustedes nada sociables.
MEL. (Levantándose, igual que el Marqués.) Hace fresco ahí fuera.
EUG. Está una noche magnífica.
MARQ. Yo me he quedado para hacerle compañía á don Melchor.
MEL. Gracias.

ESCENA V

DICHOS, PAQUITO (de la terraza.)

PAQ. Los señores de Mirbel que nos dan el disgusto de retirarse. (Melchor y Marqués van á la terraza. Eugenia detiene á Paquito.)

ESCENA VI

EUGENIA y PAQUITO

EUG. Una preguntita.
PAQ. Ochocientas.
EUG. Una.
PAQ. Venga.
EUG. ¿Cuántos años tiene usted, Paquito?
PAQ. Los suficientes.
EUG. Nadie lo diría.
PAQ. Señal de que mis amistades son muy reservadas.
EUG. Ha desmerecido usted mucho en mi concepto.
PAQ. Alguna calumnia de mis enemigos... ó de mis amigos.

EUG. Necesitar andadores... es inverosímil.
PAQ. Y tan inverosímil: expliquémonos, Eugenia.
EUG. No hay inconveniente. Usted, Paquito, está enamorado de mí.
PAQ. Con mucho gusto.
EUG. ¿Y por qué no lo ha dicho usted mismo?
PAQ. Estoy dispuesto á decirlo.
EUG. Es tarde.
PAQ. Es muy buena hora.
EUG. Ya se ha declarado el Marqués.
PAQ. Lo sabía.
EUG. En nombre de usted.
PAQ. No lo sabía. Ha debido usted comprender mal.
EUG. Se expresó muy claramente. Que está enamorado.
PAQ. ¿El?
EUG. Usted.
PAQ. El.
EUG. ¿A quién creo de los dos?
PAQ. Mi tío es el que falta á la verdad, pero créale usted á él y así salgo yo ganando.
EUG. Es que yo no puedo aceptar.
PAQ. Pues créame usted á mí; quien está enamorado es el tío.
EUG. (Marchándose.) Ninguno de los dos.
PAQ. Ninguno de los tres. (Mutis por la terraza.)

ESCENA VII

Escena muda de despedida en la terraza. Quedan en ella EUGENIA, JUAN, MELCHOR, MARQUÉS y PAQUITO

ESCENA VIII

MARÍA VICTORIA

No puedo más. Este fingimiento continuo es odioso. Me preguntan lo que ya saben: contesto lo que ya sé que no me creen.

ESCENA IX

VICTORIA y MELCHOR

MEL. Estos Mirbél son de plomo.
VIC. Pero tan afectuosos... Me preguntaron por Guillermo una docena de veces.
MEL. Aburridísimos.
VIC. No. La sonrisita de Patrocinio Mirbél era muy interesante. Y no poder contestarla...
MIEL. Guillermo está en Burdeos.
V C. Usted aún no aprendió á mentir.
MEL. ¿Pero tú sospechas?
VIC. No. Me consta que Guillermo no salió de San Sebastián.
MEL. ¿Quién te lo ha dicho?
VIC. ¿Y eso qué importa?
MEL. Es una villanía.
VIC. ¿La de Guillermo, verdad?
MEL. La del que trae chismes y cuentos.
VIC. ¿Cuentos? ¿Murmuraciones?
MEL. Estás nerviosa.
VIC. No, no, alegre... déjeme usted reir.
MEL. Te lo suplico, cálmate.

ESCENA X

DICHOS, EUGENIA, MARQUÉS, JUAN y PAQUITO

PAQ. ¿Qué pasa?
EUG. ¿De qué te ríes?
VIC. (Reuniéndose á ellos.) Que te lo cuente don Melchor.
MARQ. (Aparte á don Melchor.) ¿Lo sabe?
MEL. Lo sabía.
PAQ. Cromewll, respetabilísimo Cromewll, ¿qué es eso?
MEL. Una aventurilla mía.
PAQ. ¿Guapa y joven? San Sebastián no es seguro de noche. Le acompañaré á usted.
MARQ. Iré yo con don Melchor.

PAQ. Sigue habiendo el mismo peligro.
VIC. Paquito, ¿qué hay en el Casino?
PAQ. Concierto.
VIC. Como siempre, ¡qué aburrimiento!
EUG. Y fuegos.
VIC. Me cansa mirar para arriba.
PAQ. No te quedes en la terraza y te enseñaré el placer de los dioses.
EUG. La venganza.
PAQ. Eso era en el Olimpo.
MARQ. ¿En dónde?
PAQ. En California. Te aseguro distracción. (Melchor ha hecho mutis por la izquierda.)

ESCENA XI

DICHOS menos MELCHOR

VIC. Jugar.
MARQ. Y ganar.
PAQ. Ganar es demasiado plácido. Jugar y perder: esa es la emoción.
EUG. En este Casino no entran señoras.
PAQ. A las once hay tren, á la una en Biarritz, cenamos y á las seis de la mañana...
VIC. ¿Vámonos á Biarritz?
EUG. Vamos.
PAQ. (A Juan.) ¿Tú vienes?
JUAN Ya sabes que me marcho á Madrid.
EUG. Déjame tu coche: mientras te arreglas voy á buscar un abrigo y á decir que no me aguarden.
VIC. (Se levanta, toca un timbre de pared.) ¿Y vuelves?
EUG. Te mando el coche y al pasar me recogéis.
VIC. Bueno.
PAQ. (A Juan.) Si fueras un hombre decidido enviabas desde aquí tu equipaje: eso te lo arreglan en el Hotel.

ESCENA XII

DICHOS, CRIADO por la izquierda

VIC. ¿Ha enganchado Patricio? Tráeme un poco de agua helada. (Mutis Criado por la izquierda. Victoria sale hasta la derecha con Eugenia. El Marqués le da el brazo y mutis los dos. Victoria atraviesa para salir por la izquierda. Paquito y Juan ofreciéndose un cigarro van á la terraza.)

ESCENA XIII

VICTORIA y MELCHOR por la izquierda con el gabán

VIC. Nos vamos á Biarritz.
MEL. No salgas esta noche.
VIC. Necesito salir, andar, moverme.
MEL. No salgas.
VIC. Quiero irme á Biarritz, á cualquier lado, agitarme, rendirme, volver fatigada.
MEL. Te lo suplico.
VIC. Y dormir luego: tres noches seguidas que no cierro los ojos.
MEL. No salgas... y si Guillermo volviese... (Pausa; mirándose los dos con fijeza.) Si volviese...
VIC. (Muy lento y muy grave.) Vuelve á su casa.
MEL. Perdónale. Volver es humillarse: no le humilles más con reconvenciones.
VIC. ¿Y usted cree que yo sabré quejarme á un marido que me abandona?
MEL. Hazlo por mí.
VIC. ¡Y por mí! Regresaría de una excursión en automóvil, ¿no es eso?
MEL. Sí, hija mía, sí.
VIC. ¿Por qué he de ponerle mala cara?
MEL. Al menos vivir bajo el mismo techo; no deis escándalo. Sacrifícate tú.
VIC. Sí; la paz es mejor que la verdad.
MEL. No salgas.
VIC. No saldré.

ESCENA XIV

DICHOS, MARQUÉS por la derecha. Victoria va á la izquierda y se sienta

MEL. Cuando usted quiera... ¿no coge usted el gabán?

MARQ. Andando no hace falta. (Mutis Melchor y Marqués.)

ESCENA XV

VICTORIA, JUAN y PAQUITO de la terraza

PAQ. ¿No te vistes? ¿Has desistido ya de la expedición? ¿Y tampoco vas al Casino? Esa fijeza me entusiasma.

JUAN Cambiar es de sabios.

PAQ Y de veletas.

ESCENA XVI

DICHOS, CRIADO. Victoria se levanta para beber

JUAN (Cogiendo la copa.) ¿Para qué bebes?

VIC. Tengo sed.

JUAN ¿Y helada? Es una temeridad. (Victoria se encoge de hombros: Juan la mira un momento y luego resuelto.) Bebe.

VIC. (Vacila un momento y bebe un sorbo. Al criado.) Que avisen á la señorita Eugenia que no saldré, y á Patricio, cuando vuelva, que desenganche. (Mutis Criado.)

ESCENA XVII

DICHOS, menos CRIADO

PAQ. Fraternizaremos un poco. (Mirando el reloj.)
VIC. ¿Qué hora es?
PAQ. Faltan treinta minutos.
VIC. ¿Para qué?
PAQ. La existencia humana no tiene más que tres aspectos que valgan la miseria de cultivarlos.
JUAN Uno...
PAQ Muy molesto: la vida misma.
VIC. Otro...
PAQ. El amor y sus derivaciones.
VIC. ¿Y el tercero?
PAQ. El bacarrat. Este es el único con hora fija. Digo que faltan treinta minutos, pues indudablemente son las diez y media, porque á las once en punto se hace el primer banco tradicional. (Entusiasmado é imitando la acción) El banquero: doy carta. Yo, no; en el otro paño, ocho... ¡Colosal!
JUAN ¿Y si el banquero abate?
PAQ. El pánico en los puntos: pero siempre hay emoción.
VIC. ¿Y no te deja mejor memoria la conversación de una mujer agradable?
PAQ. Recuerdo más perenne, sí. Los incidentes del juego de azar se me borraron todos, y en cambio van ya cinco días que he cenado con la Condesa Wasisky, luego fuí acompañándola hasta su casa, y aún tengo un dolor de estómago que me dobla.
JUAN ¿Se te indigestó la cena?
PAQ. No, la Condesa.
VIC. Ojalá conserves mucho tiempo esas ideas. Mientras lo grande sean tales pequeñeces, señal de que no tienes preocupaciones verdaderamente grandes; ¿qué más te puedo desear?

PAQ. Una cuenta abierta en cualquier establecimiento de crédito.
VIC. Estás muy metalizado, Paquito.
PAQ. Haciendo oposiciones, pero sin llevarme la plaza.
VIC. Cambiaba gustosa contigo.
PAQ. Yo no, por el sexo.
VIC. Ideas tuyas, contra dinero mío.
PAQ. ¿Cuántas quieres?
VIC. Ninguna.
PAQ. Aunque sea á mitad de precio.
JUAN ¡Si vieras qué fácil es conseguirlas!
VIC. Dime cómo.
JUAN Cuando se te ocurra algo, hazlo, y después de hecho medita si es bueno ó malo.
VIC. ¿Y si es malo?
JUAN La primera vez te disgustas contigo misma, la segunda lo discutes...
VIC. ¿Y en las restantes?
JUAN Sacarás la consecuencia de que lo hecho, hecho queda.
VIC. ¿Es una opinión?
JUAN Un procedimiento. Vivimos en sociedad, y hay que sujetarse á sus preceptos; conformes. Pero de esa norma general á la esclavitud, hay un abismo.
PAQ. Que Juan y yo hemos salvado.
VIC. Porque sois hombres.
JUAN Yo le doy al mundo lo que es suyo, la apariencia, pero de ahí para adentro, todo es mío; no sacrificios afectos, ni ilusiones por el solo temor al qué dirán. Si puedo, hago lo que quiero, pero lo hago como quiere la sociedad.
VIC. No eras así antes.
JUAN Y así me fué.
VIC. El arrepentimiento es lo que más se parece á la cobardía.
JUAN Y lo que se distingue más de la soberbia.
VIC. (Consigo misma.) Es mezquino mudar de opinión cuando no se puede mudar de conducta.
JUAN Para eso era preciso que mandases en tus pensamientos, y me aventuro á creer que

tú, como el resto de los mortales, serás juguete suyo.

PAQ ¡Alto! Esas sublimidades son incompatibles con mi presencia. ¿Irás por el Casino? Si no nos vemos, buen viaje, asciende y no escribas como no te pase algo muy... ¿A qué hora te marchas?

JUAN Por la mañana...

PAQ. Despedido ya; no madrugo.

JUAN A las seis.

PAQ. ¡Ah!... Antes de acostarme puede que baje.

JUAN No te molestes.

PAQ. Hasta luego. (Mutis Paquito por la terraza)

ESCENA XVIII

VICTORIA y JUAN

VIC. Me da lástima pensar en el porvenir de este muchacho.

JUAN Hoy por hoy bien va... ¡Va bien! Déjale, déjale cumplir su destino.

VIC. ¿Tú crees en la predestinación?

JUAN Yo sí.

VIC. Yo no. El porvenir no es más que una consecuencia de lo pasado.

JUAN ¿Siempre?

VIC. Siempre. Es algo que ha de ser por algo que ya ha sido. En nuestro camino, lo que encontramos más adelante como fatalidad, es lo que nosotros mismos hemos dejado atrás como torpezas. Por eso nosotros, teniendo derecho y libertad para escoger el camino que mejor nos convenga, si nos equivocamos, ha de ser á nuestra costa. Pero enmendar torcidamente la suerte, quejarse del destino buscando disculpas, no... eso no!

JUAN Cada uno se echa su carga, y después...

VIC. Después hay que llevarla.

JUAN Y el que se equivocó....

VIC. A ese le pesa más.

JUAN Qué hermoso si fuéramos piedras para estar siempre inmóviles. Aquí me puse ó me pu-

sieron, y aquí estoy... Pero eso va contra la ley divina. Si todo cambia á nuestro alrededor, es una lección de la naturaleza que nos dice: cambia tu hombre... Y además la doctrina sana es que se nos conceden facultades intelectuales y corporales á condición de utilizarlas. Y viéndote á tí misma, no se te ha ocurrido nunca que al llegar tu hora Dios pudiera decirte: Te dí ojos, ¿por qué no miraste? Te dí voz, ¿por qué no has hablado? Te dí sangre y nervios y afanes que los hicieran vibrar, ¿por qué no te dejaste ir donde esos afanes se saciaban? (Calmándose.) Todo esto en la hipótesis de que tengas nervios...

VIC. Sí los tengo; pero no son nervios que me impulsan, sino como garfios que me sujetan. (Pausa. Sonriendo forzadamente.) Es simpática Patrocinio.

JUAN (Algo sorprendido.) ¿Patrocinio Mirbel? Sí, muy simpática.

VIC. (Pausa corta.) Y no le eres indiferente.

JUAN Entonces no podemos seguir hablando de eso.

VIC. ¿Te desagrada?

JUAN No, pero ya sabes que entre nosotros jamás decimos lo que nos pueda interesar personalmente.

VIC. Serás tú.

JUAN ¿Quieres convencerte del aprecio que te merezco? Para tí soy tan extraño como los Mirbel.

VIC. No te compares.

JUAN ¿Le contarías á ellos una pena?

VIC. No.

JUAN ¿Y á mí? Tampoco: somos iguales. Nada me dices de Guillermo. ¿Por qué me ocultas que se marchó de casa?

VIC. ¿Y tú por qué lo descubres?

JUAN ¿Para quién es misterio? ¿Para tí? ¿Para los Mirbel, que se estaba riendo ella mientras le contabas al marido que el tuyo se fué á Burdeos? ¿Para mí, que he visto aun anoche á Guillermo en el Boulevard? Todos lo

sabemos, y conmigo te callas, porque no debo merecer esa confianza.

VIC. Me callo, porque no debo pregonar mis desdichas.

JUAN Lo comprendo.

VIC. Deja, pues, lo mío, porque es mío, y sobre todo porque no es tuyo.

JUAN También lo comprendo. Perdona.

VIC. ¿Te ofendiste?

JUAN No. Pero hay palabras tan duras, que parece como que no entran por los oídos, sino por la carne, y lastiman.

VIC. Perdóname tú.

JUAN (Pausa.) Adiós, María Victoria.

VIC. Adiós, Juan.

JUAN Hasta cuando Dios quiera.

VIC. Hasta cuando Dios quiera, Juan. (El marcha hacia la derecha, ella inmóvil.)

JUAN (Volviéndose.) ¡Cuánto daría por borrarte el recuerdo!

VIC. (Volviendo solo la cabeza.) ¿De estos días? No des nada, que no vale la pena.

JUAN ¿Son muchos así?

VIC. ¿Así? Ninguno. Ahora es agravio, ofensa... el resto de los días no es más que abandono.

JUAN Y me dijiste que eras feliz.

VIC. Pregunta. Verás cómo todos te contestan que lo soy. Tengo una fortuna inmensa, satisfago todos mis caprichos.

JUAN ¿Y cariño, tienes?

VIC. (Levantándose soberbia.) ¿El cariño es capricho? Yo tengo automóviles, y coches, y joyas, y vestidos, y cuadros... todo. ¿En algo de eso va ó viene el cariño?

JUAN Ya sabes que no.

VIC. Pues entonces ya sabes tú también que no lo tengo.

JUAN Y no te agradaría tener quién te quisiera?

VIC. ¿Para corresponderle? No.

JUAN Para saberlo.

VIC. Menos. Prefiero los indiferentes.

JUAN Sufres... Tienes razón en cuanto digas.

VIC. Yo quisiera tenerla en cuanto pienso.

JUAN ¿Qué piensas?

VIC. Tú no eres quién para saberlo.

JUAN Y quizás no seas bastante tú para guardarlo.

VIC. Sí

JUAN No. Hay ideas tan mezquinas que deben decirse nada mas que para echarlas... y otras tan grandes, que uno solo no puede con ellas, y se necesitan dos para llevarlas.

VIC. Calla.

JUAN No: creerías que sigo odiándote.

VIC. Cuando hablas aun lo parece más.

JUAN Porque adivino.

VIC. Porque escudriñas, y eso no es leal.

JUAN ¡Qué injusta eres!

VIC. (Impaciente.) No me entiendes.

JUAN Sí te entiendo. Pero cuando se llega á un instante como este, todas las palabras son torpes.

VIC. (Volviéndose de espaldas, con rabia.) Sí, todas.

JUAN (Avanzando poco á poco.) ¿Me dejas decirte lo que tú y yo sentimos sin hablar una sola palabra?... Mira... así .. (Abrazándola con delicadeza.)

VIC. (Huyendo espantada.) Mientes.

JUAN (Sin seguirla.) Si hubiera mentido, no escapabas: desde tu sitio me hacías salir...

VIC. (Suplicando.) Vete...

JUAN Me hacías salir con un gesto desdeñoso, pero temblándote la voz...

VIC. (Suplicando.) Vete, Juan...

JUAN Con una orden más dulce que una promesa, ¿cómo quieres que me vaya? Si es mi suerte la que llega en este momento, debo esperarla, y aunque fuera mi perdición, no debo temerla.

VIC. ¿Y si es la mía?

JUAN ¡Qué importa si te une á mí!

VIC. (Tapándose la cara con las manos.) No, jamás.

JUAN Cúbrete bien la cara, enciérrate en hierro ó en desdenes, en algo que yo no pueda romper ¡qué importa! lo pasado va dentro de tí y al sonar la hora tú misma vendrás segura de que yo mismo te aguardo. Y no so-

mos nosotros, no es María Victoria ni es Juan, no eres tú ni soy yo los que vamos á unirnos en un momento ciego, no, es nuestro cariño, que hemos dejado atrás y volvemos á buscarlo para poder seguir adelante por la vida.

VIC. ¡Ay, la vida, el mundo, si fuera hechura mía yo habría puesto más justicia ó más piedad!

JUAN Pues ponle amor y te parecerá otro mundo. (Avanzando.)

VIC. (Sin retroceder.) Déjame, sé generoso.

JUAN ¿Y tú, cuándo vas á ser tú como quieres que yo sea?

VIC. ¿Si te pidiera socorro, ahogándome, qué me pedirías tú para salvarme?

JUAN ¡Nada!

VIC. Pues me ahogo viéndote, Juan; déjame...

JUAN (De espaldas, da unos pasos hacia atrás.) ¿Respiras ya?... Nuestro destino era unirnos, ¿por qué no me aguardaste, María Victoria?

VIC. ¿Por qué no insististe, Juan? Fué tu culpa.

JUAN ¿Fué mi culpa no insistir? Hoy tienes razón hablándome de lo pasado: sería muy triste que la tuvieras mañana hablándome de hoy.

VIC. ¡No, no! Hoy te reconozco bondad, abnegación, misericordia...

JUAN Una pregunta, dame una respuesta.

VIC. ¿Y sales de aquí?

JUAN Ahora mismo.

VIC. ¿Qué deseas saber?

JUAN Saber ya sé... oir.

VIC. ¿Y después que oigas?

JUAN Salgo.

VIC. ¿Me evitarás el sonrojo de verte en cuanto conozcas mi secreto?

JUAN Tu pobre secreto... ¿En la alegría que tengo no comprendes que ya es mío?

VIC. ¡Pues, bien, sí, sí, sí... con toda el alma que sí! (Espantada, retrocediendo de espaldas lentamente, mientras él avanza.) Has prometido marcharte...

JUAN Déjame primero oir. No llevaré más que el encanto de una palabra... dime, al menos,

esa palabra para mí solo. (Abrazándola suavemente.) Pensar que pudimos ser dichosos y ahora ni culpables queremos ser... Te quiero tanto, que daría la vida por acercar un poco más mis labios, y me parece que estoy perdiendo la vida al no acercarlos.

VIC. Apártate.

JUAN ¡Qué locura despreciar las horas de alegría cuando pasa tan cerca... qué locura tan enorme sacrificar á conveniencias estériles lo íntimo, lo verdadero, lo nuestro, María Victoria!

VÍC. Márchate.

JUAN De nuevo dejarte... No, no te dejo.

VIC. ¡Por Dios!

JUAN Por mí.

VIC. No, no. Sal de aquí.

JUAN ¡María Victoria!

VIC. Sal de aquí.

JUAN ¿Para no volver?

VIC. Para no volver.

JUAN ¡María Victoria!

VIG. Sal.

JUAN ¡María Victoria!

VIC. Vete.

JUAN ¡María Victoria!

VIC. No.

JUAN Adiós, María Victoria.

VIC. Adiós, Juan. (Mutis Juan por la terraza.)

ESCENA XIX

VICTORIILLERMO A y GU

VIC. ¡Juan! (A media voz: queda absorta y llorando.)

GUI. (Entra, hace un gesto de contrariedad al verla y avanza, tocándola en el hombro) ¡Victoria!

VIC. (Sobresaltada: calmándose bruscamente.) ¡Ah! ¿Eres tú?

GUI. Perdóname. Confieso que hice mal abandonando la casa.

VIC. (Sonriendo forzadamente.) Es mía la falta: yo no he debido contrariar tu voluntad.

GUI. Habremos exagerado un poco los dos... pero perdóname tú.

VIC. (Abandonando una mano que él acaricia friamente.) Sí...

GUI. Si te parece adelantamos nuestro viaje á París. Este año deseo recibir más en grande, y convendría renovar los salones. Pondré á tu disposición en el Credit Lyonnais doscientos mil francos.

VIC. ¡Dinero!

GUI. Sí; pero no te sujetes á esa cantidad.

VIC. Gracias.

GUI. Descansa, y hasta mañana.

VIC. Hasta mañana. (Mutis Guillermo por izquierda.)

ESCENA ULTIMA

VICTORIA

Dinero... no tiene más que dinero... ¡es poco! La felicidad es el cariño, el amor, para mí es Juan... (Escribe.) «Querido Juan...» (Pausa: rompiendo la carta.) No, no... la conciencia vale tanto como la felicidad.

FIN DE LA COMEDIA

Obras del mismo autor

El camino de la gloria.

Comedia en tres actos, estrenada en el teatro de la Princesa.

La ciencia de los hombres.

Comedia en tres actos y en verso, estrenada en el teatro Español.

Aire de fuera.

Alta comedia en tres actos y en prosa, estrenada en el teatro Español.

El abolengo.

Comedia en dos actos y en prosa, estrenada en el teatro de Lara.

Por que sí.

Juguete cómico en un acto y en prosa, estrenado en el teatro Español.

Los ejemplares de esta obra se halla
de venta en todas las librerías.

Será considerado como fraudulen
todo ejemplar que carezca del sello d
la *Sociedad de Autores Españoles.*

Precio: TRES pesetas